

Atsushi Nakajima

El poeta que rugió a la luna y se convirtió en tigre

TRADUCCIÓN DE MAKIKO SESE Y DANIEL VILLA GRACIA



He HERMIDA
EDITORES



Hermida Editores, SL

Calle Antonio Alonso Martín, 10, 28860 Paracuellos de Jarama, Madrid

Tel. 916584193

e-mail: hermidaeditores@gmail.com

www.hermidaeditores.com

Imagen de la cubierta: Melisa Holmgren

© De la presente edición: Hermida Editores, 2017

© De la traducción: Makiko Sese y Daniel Villa Gracia

Asesor literario de la colección: Jaime Fernández Martín

ISBN: 978-84-946647-3-1

Depósito legal: M-8289-2017

Visite www.hermidaeditores.com para leer más sobre nuestros libros y para adquirirlos. En la página encontrará toda la información sobre los libros, los autores, entrevistas y eventos de la editorial, y podrá darse de alta en la e-newsletter para estar al tanto de todas nuestras actividades.

Índice

[Posesión](#)

[La momia](#)

[La luna sobre la montaña](#)

[La catástrofe de las letras](#)

[La felicidad](#)

[El hombre búfalo](#)

[El maestro](#)

[Una historia funesta](#)

[Epílogo, de Makiko Sese](#)

[Cronología del autor, por Makiko Sese](#)

Posesión

Corría el rumor de que Shaku, del pueblo neuri [\[1\]](#), había sido poseído. Se decía que diversos espíritus se habían apoderado de ese hombre, que los espíritus del halcón, el lobo o la nutria entraron en el desdichado Shaku y le obligaron a hablar en lenguas desconocidas.

Entre las razas primitivas a las que los griegos denominaron más tarde escitas, esta tribu era especialmente peculiar. Construían sus viviendas sobre un lago. Esto les permitía evitar el ataque de las bestias. Fijaban miles de troncos en la zona menos profunda del lago y encima colocaban una serie de tablones sobre los que construían sus casas. Horadaban trampillas en el suelo desde las que podían pescar los peces del lago mediante unas cestas colgantes. Eran hábiles en el manejo de canoas, cazaban castores y nutrias. Dominaban la fabricación del lienzo de cáñamo, que usaban como vestimenta junto con las pieles de animales. Se alimentaban de carne de caballo y cordero, frambuesas y castañas de agua, y bebían tanto leche de yegua como un licor que elaboraban a base de ella. Introduciendo una cánula de hueso de animal por la barriga de las yeguas, obligaban a sus esclavos a soplar por el extremo para lograr que chorreara la leche. Éste era un extraño método que solía transmitirse desde la Antigüedad.

Shaku de la tribu neuri era una de las personas más corrientes de esta aldea construida sobre el lago.

Fue durante la primavera pasada, tras haber fallecido su hermano, cuando Shaku comenzó a comportarse de forma extravagante. Llegó por aquel entonces desde el norte, como el viento, un grupo de la tribu nómada de los uguri, raudos y bárbaros. Se presentaron a lomos de sus caballos, blandiendo alabardas con hojas curvadas como la luna creciente, preparados para atacar a los neuri. El pueblo del lago se defendía desesperadamente. Al principio afrontó a los invasores saliendo hasta la orilla. Sin embargo apenas pudieron resistir el empuje de los infames jinetes de las praderas del norte y se guarecieron en sus casas sobre el lago. Retiraron los travesaños que actuaban como puente con la orilla y respondieron al ataque con hondas, arcos y flechas, utilizando las ventanas de las viviendas a modo de aspilleras. La tribu nómada, que no era diestra en el manejo de las canoas, desistió de la escabechina del pueblo del lago y se limitó a robar el ganado abandonado en la orilla. Y nuevamente se fue como el viento hacia el norte. Más tarde los habitantes encontraron en la orilla teñida de sangre cadáveres decapitados con sus manos derechas mutiladas. Los invasores se habían llevado las cabezas y manos derechas cercenadas. Los cráneos se usaban para hacer cálices de calaveras bañadas en oro. Las manos derechas se utilizaban para elaborar guantes, desollando la piel junto con las uñas. El cadáver del hermano de Shaku, Dekku, yacía también en la orilla tras la masacre. No les quedaba otra manera de identificar los cadáveres que por medio de la ropa que vestían o sus pertenencias, ya que habían sido decapitados. Sin embargo, cuando descubrió el cadáver de su hermano por una reconocible marca en el cinturón de cuero y los adornos de su hacha, Shaku adoptó una actitud distraída, observando la figura miserable de su hermano durante un buen rato. Más tarde algunos habitantes del pueblo comentaron que su estado parecía diferir de lo que podría esperarse del duelo por la muerte de un hermano.

Poco después Shaku comenzó a hablar de forma extraña. Al principio los vecinos no sabían qué era lo que se había apoderado de ese hombre y

le hacía articular esas extrañas palabras. Si se le juzgaba por la forma en la que hablaba, parecía el espíritu de una fiera que estuviera siendo despellejada viva. Tras reunirse y deliberar, llegaron a la conclusión de que evidentemente la mano derecha de su hermano menor Dekku, que había sido cortada por uno de los bárbaros, era la que estaba hablando a través de él. Cuatro o cinco días después Shaku empezó a hablar de nuevo en el idioma de otro espíritu. Esta vez enseguida se vio claramente a qué espíritu pertenecía. Narraba tristemente los detalles sobre cómo había terminado su vida en el infortunado fragor del combate. Describía las circunstancias sucedidas tras su muerte, cómo un gran espíritu le cogía de la nuca y le arrastraba hacia la oscuridad infinita. Todos estuvieron de acuerdo en que la persona que hablaba era su propio hermano menor, Dekku. Los aldeanos llegaron a la conclusión de que cuando Shaku se mantuvo estupefacto al lado del cadáver de su hermano menor, el alma de Dekku se apoderó sigilosamente de su hermano.

Bien es cierto que hasta entonces no era extraño que los parientes más cercanos, incluso una mano derecha, se apoderaran del cuerpo de Shaku. No obstante cuando Shaku, que había recobrado la normalidad durante un rato, volvió a decir disparates, la gente se asombró. En esa ocasión sus palabras parecían pertenecer a personas o animales que nada tenían que ver con Shaku.

Antiguamente había hombres y mujeres poseídos por espíritus, pero no se había dado ningún caso en el que tal variedad de entes hubieran entrado en un ser humano. Un día una carpa que nadaba en el lago bajo esta aldea describió el encanto y la tristeza de la vida de sus escamas a través de Shaku. Otro día un halcón del monte Tauro detalló los grandiosos paisajes de un lago, una pradera, una cordillera y otro lago brillante como un espejo que se encontraba muchas leguas más allá. O una loba de las praderas que contó cuánto le costaba andar por la tierra helada durante la noche, sufriendo el hambre bajo la luna blanca de invierno.

La gente acudía a escuchar a Shaku con curiosidad. Lo gracioso era que tanto Shaku como los espíritus que albergaba comenzaban a aguardar la llegada de los numerosos oyentes. El público de Shaku iba aumentando, pero un día uno de ellos dijo:

—Las palabras de Shaku no vienen de los espíritus que están en su interior, ¿no será más bien el propio Shaku el que las está soltando?

Tenía razón. Es decir, normalmente una persona poseída solía hablar en estado de éxtasis, fuera de sí. Pero no se atisbaba locura alguna en la actitud de Shaku, y sus historias eran demasiado lógicas. Empezó a aparecer gente que afirmaba que todo aquello era un poco raro.

El mismo Shaku tampoco entendía el sentido de las cosas que estaba haciendo últimamente. Desde luego Shaku también notaba que aquello era un tanto distinto a lo que se llamaba una posesión. Sin embargo no entendía por qué continuaba con aquellos extraños ademanes, y aun así no se cansaba de ellos. Creía por lo tanto que todo eso sucedía por una especie de posesión. Al principio se lamentaba por la muerte de su hermano menor. Mientras imaginaba con ira adónde habían ido a parar su mano y su cabeza, se le habían escapado extrañas palabras por la boca. Podría decirse que no era culpa suya. Pero eso le mostró a Shaku que tenía una tendencia ingeniosa de nacimiento. Quizás a través de su propia imaginación tenía la capacidad de entrar en múltiples criaturas. Poco a poco sus oyentes fueron aumentando. Cada vez que Shaku encontraba en sus rostros una mueca de indudable alivio o de miedo, en función de cómo matizara cada historia en particular, su fascinación se volvía incontrolable. La estructura de sus historias imaginarias iba mejorando día tras día. La descripción paisajística que lograba evocar iba consiguiendo progresivamente un mayor grado de viveza. En su imaginación emergían tal variedad de escenas y con tanta claridad y delicadeza que él mismo no se lo creía. Sorprendido, no podía evitar pensar que estaba poseído por algo. No obstante no llegaba a considerar que podría haber una herramienta llamada «letras» que pudiera

transmitir las palabras generadas unas tras otras para la posteridad. Ni siquiera sabía cómo se iba a llamar en un futuro el rol que actualmente ejercía.

Aunque la gente empezaba a sospechar que los cuentos de Shaku estaban inventados por él mismo, el público no disminuyó en absoluto. Al contrario, no dejaban de pedirle que creara nuevas historias. A pesar de que se tratara de historias inventadas por Shaku, no cabía ninguna duda de que aquello que se encontraba en su interior era lo que le permitía inventar aquellos cuentos fantásticos, ya que Shaku era considerado como una persona más bien mediocre desde su nacimiento. Así pensaba tanto el público como el propio narrador, puesto que aquellos que no habían sido poseídos no podían dejar de hablar detalladamente sobre esas maravillas que nunca habían visto con sus propios ojos. Entre las sombras de las rocas de la orilla del lago, debajo de los abetos del bosque cercano o por la puerta de la casa de Shaku, donde colgaban pieles de cabra, el público se sentaba, rodeando a Shaku de forma semicircular, y gozaba de sus cuentos sobre los treinta bandidos que vivían en la tierra montañosa del norte, los monstruos nocturnos del bosque o un ternero que pastaba en el prado.

Los ancianos del pueblo ponían mala cara viendo cómo los jóvenes descuidaban sus trabajos, fascinados por los cuentos de Shaku. Uno de éstos dijo:

—Es un augurio siniestro que haya aparecido entre nosotros un hombre como Shaku. Si esto fuera una posesión, sería algo inaudito, ya que estaríamos ante un fenómeno muy inusual. Si esto no fuera una posesión, nunca en mi vida he visto a un loco al que se le ocurran unas historias tan disparatadas y exageradas. En cualquier caso el hecho de que se haya presentado esta persona ante nosotros es un asunto funesto en contra de la naturaleza. —Por casualidad este decano era miembro de la familia más poderosa, en cuyo blasón podían verse las garras de una pantera. Por eso su opinión fue secundada por el resto de los ancianos.

Comenzaron entonces a tramar en secreto la eliminación de Shaku.

Poco a poco las historias de Shaku comenzaron a adoptar con frecuencia temas propios de la sociedad humana de su alrededor, puesto que las historias de un halcón o un toro no siempre llegaban a satisfacer a los oyentes. Shaku empezó a contar una historia sobre una pareja joven y hermosa, sobre una vieja avara y celosa o sobre un cacique que se comportaba de forma altiva con los demás, pero que nunca podía estar a la altura de su anciana esposa. Cuando contó la historia de un viejo calvo como un buitre en su periodo de calvicie, el público se partió de risa. Ese viejo, a pesar de su aspecto, se enfrentó a un mozo para obtener la mano de una hermosa joven y perdió miserablemente. Al preguntarles por qué se reían tanto, alguien comentó:

—Dicen que uno de los decanos que propuso la eliminación de Shaku ha tenido una experiencia casi igual de patética que la de esta historia.

El decano se enfadó entonces aún más. Se exprimía los sesos como una astuta serpiente blanca para configurar su plan. Se sumó a su trama un hombre cuya esposa le había sido infiel recientemente, ya que pensaba que Shaku había contado su historia burlándose de él. Ambos, haciendo todo lo posible, procuraron desviar la atención de todo el mundo hacia el hecho de que Shaku descuidaba su deber como ciudadano. Shaku no pescaba. Shaku no cuidaba de los caballos. Shaku no iba a cortar leña al bosque. No curtía las pieles de las nutrias. Desde hacía tiempo, desde que el viento agudo de las montañas del norte trajo sus copos como plumas de oca, ¿quién había visto a Shaku dedicarse a trabajar como el resto del pueblo?

La gente le dio la razón, puesto que Shaku no hacía nada realmente útil. Cuando llegó el momento de repartir los enseres para el invierno, este hecho se hizo especialmente notorio. Incluso el oyente más apasionado de Shaku se dio cuenta. A pesar de que se sentían atraídos por la gracia de los cuentos de Shaku, la gente compartía de mala gana la comida para el invierno con aquel que no trabajaba.

Bajo gruesos abrigos de piel evitaban el viento del norte. Tomaban licor de leche de yegua al lado de fogones de piedra donde quemaban estiércol y ramas secas. De esta manera el pueblo pasaba el invierno. Una vez que las cañas de la orilla comenzaban a germinar, volvían a salir y se ponían a trabajar.

Shaku también salió al campo a trabajar, pero parecía distraído, con la mirada perdida. La gente se dio cuenta de que Shaku había dejado de contar sus historias. Aunque le obligaban a contar algo, lo único que podía hacer era repetir antiguas historias que ya había contado anteriormente. Ni siquiera era capaz de contarlas satisfactoriamente. Su lenguaje perdió completamente la viveza.

—Se le han caído los espíritus que estaban dentro —decía la gente. Aquellos que habían poseído a Shaku y que le hacían contar numerosas historias ya se habían ido.

La posesión llegó a su fin, pero sus antiguos hábitos diligentes no volvieron. Shaku pasaba el tiempo, día tras día, mirando indolente el lago sin dedicarse siquiera a contar sus historias. Cada vez que le veían en este estado, sus oyentes recordaban amargamente cómo ofrecieron su valiosa comida durante el invierno a ese vago con cara de necio. Los ancianos, que guardaban rencor contra Shaku, se reían disimuladamente, ya que tras la deliberación podrían acordar la eliminación de esa persona considerada nociva e inútil por todo el pueblo.

Los nobles de largas barbas que llevaban collares de gemas de jade se reunían a menudo para hablar. No había nadie que intentara resolver el asunto de Shaku porque ya no tenía familiares.

Justo entonces llegó la temporada de lluvias atronadoras. El trueno era el fenómeno más temible para este pueblo porque era considerado como una maldición, el grito indignado de un gigante ciclópeo del cielo. Cada vez que sonaba esa voz se recluían, deteniendo cualquier trabajo para exorcizar aquel mal espíritu. El perverso decano sobornó a un adivino con dos vasos de cuernos de toro y consiguió que la presencia fatídica de

Shaku fuera considerada como la causa de los recientes y repetidos truenos. La gente decidió lo siguiente: si llegaba a sonar el trueno más de tres veces desde que el sol pasase por encima del centro del lago hasta la copa de la gran haya ergida en la orilla occidental, al día siguiente Shaku sería ejecutado según su rito ancestral.

Ese día por la tarde alguien oyó cuatro truenos. Otro afirmó que había tronado cinco veces.

Al día siguiente, al atardecer, se celebró una concurrida celebración a la orilla del lago, donde la gente se reunió alrededor de una hoguera. En un enorme caldero bullía la carne de corderos y caballos junto con la del desgraciado Shaku. Todos los cadáveres recientes, excepto aquellos que habían fallecido debido a alguna enfermedad, se ofrecían de forma natural con el fin de que la gente del pueblo se alimentase debido a la escasez de víveres. Un chico de pelo rizado, el que más entusiasmo mostraba por aquellos cuentos, se llenó la boca con la carne del hombro de Shaku. Su cara se enrojeció debido al calor de la hoguera. El viejo decano chupó con placer la carne pegada a un fémur de su abominable enemigo, agarrándolo con la mano derecha. Después de haber chupado el hueso lo arrojó a lo lejos. Hizo un ruido al caer al agua y se fue hundiendo en el lago.

Nadie supo que un poeta fue devorado de esta misma manera mucho antes de que un aedo ciego llamado Homero hubiera comenzado a recitar sus cantos épicos.

[1] En la *Historia* de Heródoto (vol. 4, cap. 17) se puede encontrar la descripción del pueblo neuri.

La momia

Cuando el rey de Persia [2] Cambises II, hijo de Ciro II el Grande y de Casandane, invadió Egipto, servía bajo sus órdenes un comandante llamado Pariskas. Se decía que sus antepasados provenían de la región de Bactria. Era un pueblerino bastante sombrío que, por mucho tiempo que hubiera pasado, nunca se había acostumbrado a los aires de la ciudad. Se le veía algo soñador, así que, a pesar de ostentar un estatus bastante alto, siempre era el hazmerreír de todos.

Desde que el ejército persa había atravesado Arabia y se había adentrado finalmente en territorio egipcio, la anormalidad de Pariskas empezó a llamar la atención de sus compañeros y subordinados. Pariskas mostraba especial interés por todo lo desconocido con lo que se topaba y, con una mirada particularmente extraña, se quedaba absorto en sus pensamientos con un gesto preocupado y algo inquieto. Parecía dar la impresión de que trataba de recordar algo y sin embargo no lograba conseguirlo en absoluto. Todos le notaban claramente irritado. Cuando llevaron a los prisioneros del ejército egipcio al campamento, captó involuntariamente la conversación de algunos de ellos. Durante un rato su expresión resultó ciertamente extraña. Tras haber estado prestando atención a sus palabras, Pariskas comentó con alguien que se encontraba a su lado que parecía comprender aquel idioma foráneo. Decía que no podía hablarlo, pero que parecía entender únicamente la lengua en la que hablaban algunos prisioneros. Pariskas ordenó a uno de sus

subordinados que averiguara si esos prisioneros eran egipcios, ya que en el grueso del ejército egipcio prestaban servicio soldados griegos y otros mercenarios. La respuesta fue que se trataba efectivamente de egipcios. De nuevo Pariskas puso cara de preocupación y se quedó pensativo, ya que él nunca había pisado la tierra de Egipto ni tenía relación con los egipcios. Aunque se encontraba en plena campaña, continuó meditando vagamente sobre aquel asunto.

Cuando entraron en Menfis, la ciudad ancestral de murallas blancas, la melancólica excitación de Pariskas se volvió aún más acentuada. De vez en cuando parecía como si estuviera en un estado similar al que precede a un ataque de epilepsia. Los compañeros que solían reírse de su comportamiento comenzaron a mostrar cierto temor hacia él. Delante de un obelisco erigido a las afueras de Menfis, Pariskas leyó con voz grave los jeroglíficos inscritos en su superficie. Y habló a sus compañeros, también en voz grave, sobre el rey que había construido aquel monumento y sus hazañas. Todos los oficiales persas se miraron entre sí extrañados. El mismo Pariskas tenía una expresión extraña. Y es que nadie, ni siquiera el mismísimo Pariskas, sabía hasta entonces que Pariskas conocía profundamente la historia de Egipto y podía leer los jeroglíficos egipcios.

Desde entonces parecía que Cambises II, el señor de Pariskas, también comenzaba a padecer gradualmente una terrible enfermedad mental. Había obligado al rey de Egipto, Psamético III, a beber la sangre de un toro, tras lo cual lo ejecutó. Pero no quedó satisfecho con ello y se propuso profanar el cadáver del rey anterior, Amosis II, que había fallecido hacía medio año. Parecía que Cambises II guardaba un profundo rencor hacia Amosis II. Cambises II condujo personalmente a su ejército hasta el pueblo de Sais, donde se hallaba la tumba de Amosis II. Cuando llegó a Sais, Cambises II ordenó a sus tropas encontrar la tumba del difunto rey Amosis II, desenterrar su cadáver y llevarlo ante su presencia.

Al parecer algo así estaba previsto. No había rastro de la localización de la tumba de Amosis II, ya que había sido hábilmente ocultada. Los soldados del ejército persa tuvieron que recorrer nuevamente todas las sepulturas de la ciudad y las afueras de Sais, profanando una por una.

Pariskas también participó en la patrulla de búsqueda de la tumba. La mayoría de los soldados se dedicaban a saquear las innumerables joyas, accesorios y enseres depositados en las tumbas junto con las momias de los nobles egipcios. Sin embargo únicamente Pariskas hizo caso omiso del pillaje e iba atravesando las tumbas con su habitual expresión deprimida. A veces se atisbaba un matiz luminoso en su rostro tenebroso, como la tenue luz del sol en un cielo nublado, pero desaparecía enseguida y volvía a la sombra nerviosa que le caracterizaba. Al parecer algo atascado en su corazón se agitaba y, justo cuando estaba a punto de resolverlo, se ofuscaba.

Una tarde, un par de días después de que comenzara la búsqueda, Pariskas se encontró de pie solo en el sótano de una tumba muy antigua. Había perdido la percepción del tiempo, desconocía cuándo se había separado del resto de oficiales y sus subordinados, y en qué punto del pueblo se hallaba esa tumba. Como ya había sucedido otras veces, se despertó de su estado de ensoñación habitual y cuando recobró la consciencia se encontró solo en las tinieblas de la vetusta tumba. Así es como sucedió.

A medida que sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad, emergían ambiguamente ante él las efigies que estaban dispersas en su interior, y una suerte de utensilios, relieves y escrituras en las paredes le rodeaban. Los sarcófagos estaban desparramados con las tapas arrancadas y había tirados un par de cuellos de los ushebtis. A primera vista estaba claro que otros soldados persas ya habían saqueado aquel lugar. El olor del polvo rancio le inundó la nariz. Desde la profundidad de las tinieblas una gran estatua con cabeza de halcón [3] miraba fijamente a Pariskas con una expresión pétreo. Al ver los dibujos de una de las paredes cercanas

se encontró con el desfile melancólico de varias deidades con cabeza de diversos animales como un perro salvaje, un cocodrilo, una garza azul, y así sucesivamente. El gran ojo de Uadyet, sin cara ni cuerpo, aparecía en ese desfile extendiendo sus miembros largos y delgados.

Pariskas dio unos pasos hacia delante, hasta el fondo, sin apenas darse cuenta. Cuando llevaba cinco o seis pasos se tropezó. Al mirar detenidamente vio que había una momia a sus pies. De nuevo, sin pensárselo dos veces, levantó la momia y la apoyó contra el pedestal de una estatua de aquellas deidades. Era una momia común y corriente, como tantas otras que inspeccionaba continuamente durante esos días hasta que se cansaba de verlas. Pensó en irse, dejándola tal y como estaba, cuando súbitamente miró el rostro de la momia. En un instante sintió en su espalda algo que no sabía describir como frío ni calor. No podía dejar de fijar su mirada en el rostro de la momia. Pariskas se quedó observando aquella cara sin hacer el menor movimiento, como si estuviera siendo atraído por un imán.

¿Cuánto tiempo llevaba así en aquel sitio?

Según parecía se había producido un cambio extraordinario en su interior durante ese rato. Bajo su piel cada uno de los fragmentos que componían su cuerpo bulleron espontáneamente y borbataron como si se tratara de un experimento que los científicos del futuro podrían realizar en sus probetas. Un rato después de que ese hervor se hubiera calmado, tenía la impresión de que se había transformado en algo completamente distinto a su estado anterior.

Pariskas se sintió de repente muy tranquilo. En ese momento fue plenamente consciente de qué era lo que le inquietaba desde el comienzo de la invasión de Egipto. Era aquello que no lograba resolver y que no conseguía recordar de ninguna manera, como un sueño nocturno del que uno mismo intenta acordarse a la mañana del día siguiente. ¡Vaya, era esto! Pariskas dijo en voz alta sin querer:

—Esta momia fui yo. Evidentemente.

Cuando esa frase brotó de la boca de Pariskas, la momia pareció torcer levemente el borde de sus labios. Era difícil precisar de dónde venía la luz que únicamente iluminaba el rostro de la momia y emergía de la oscuridad con un brillo etéreo.

Ese rayo que había rasgado la penumbra, como la memoria de un pasado lejano, comenzó a revivir repentinamente en Pariskas. Eran distintos recuerdos, de cuando su alma aún estaba en el cuerpo de esa momia; los rayos punzantes y ardientes del sol en los arenales, la brisa ligera a la sombra de los árboles, el olor del barro tras las inundaciones, las figuras de los pasajeros vestidos de blanco por las grandes vías concurridas, el aroma del bálsamo después de la ablución, el tacto frío del empedrado al arrodillarse al fondo de un templo penumbroso. Ese conjunto de vívidos recuerdos y sensaciones resucitaron de golpe y se abalanzaron sobre Pariskas.

Suponía que en aquel tiempo había sido el sacerdote del templo de Ptah. Lo suponía porque en ese momento solamente las cosas que había visto, tocado y experimentado parecían resucitar ante los ojos de Pariskas. Pero no le surgía ninguna imagen propia de aquel tiempo.

De repente le vinieron a la mente los ojos entristecidos de un toro sacrificado que él mismo había ofrecido a su deidad. Pensó que se parecían a los ojos de una persona a la que conocía muy bien. Era aquella. Seguro que era aquella mujer. Súbitamente le vinieron a la mente imágenes y gestos a los que estaba acostumbrado, incluso el olor de aquel cuerpo que despertaba su nostalgia; eran los ojos de una mujer, con su cara maquillada sutilmente con polvo de malaquita y su cuerpo delgado. Y se acordó de ella con añoranza. Era una mujer muy solitaria, como si fuera un flamenco del lago en el atardecer. No cabía duda de que esa mujer había sido su esposa.

Curiosamente no recordaba el nombre de ninguna persona, lugar ni objeto. Las formas, los colores, los olores y los movimientos sin nombre

aparecían y desaparecían delante de él con una calma anormal en la que los conceptos de la distancia y el tiempo estaban extrañamente invertidos.

Pariskas ya no miraba a la momia. ¿Fue quizás que su alma se fue y se introdujo en la momia?

Nuevamente emergió una escena. Parecía que Pariskas estaba tumbado en una cama con la fiebre muy alta. A su lado estaba el rostro preocupado de su esposa. Al parecer detrás de ella había un grupo de niños y ancianos. Tenía mucha sed. Cuando movió la mano, su esposa acudió inmediatamente y le ayudó a tomar agua. Y durante un rato se adormiló. Al despertarse, ya se le había pasado la fiebre. Mientras miraba con los ojos entornados, su esposa estaba llorando a su lado. Parecía que los ancianos también estaban llorando al fondo. Rápidamente una enorme sombra azul le cubrió completamente, como si una nube de lluvia tiñese de oscuridad el lago. La rápida sensación de descenso le dio tal vértigo que cerró los ojos sin querer.

* * *

En ese momento se cortaron completamente los recuerdos de su pasado. Después de aquello, ¿cuánto tiempo puede durar la oscuridad de la consciencia de varios cientos de años? Cuando recobró el conocimiento, lo que representa el momento actual, el oficial del ejército de Persia llamado Pariskas que había vivido como un persa durante unas decenas de años estaba de pie delante de la momia que había sido su cuerpo anterior.

Aunque asustado por la extraña aparición de este misterio, su alma estaba ahora extremadamente clara y tensa como el hielo de los lagos invernales de los países del norte. Su alma aún seguía mirando fijamente el fondo de la memoria de aquellas vidas anteriores que estaban ya sepultadas. Allí dormían silentes las experiencias de sus vidas anteriores,

como si fueran solitarios peces abisales que emiten luz en las tinieblas del océano profundo.

En ese momento, desde el fondo de la oscuridad, los ojos de su alma descubrieron su propia figura en una vida anterior.

En su última vida estaba de pie, delante de una momia en un sótano oscuro. En esta última vida tenía que confirmar, temblando de temor, que esa momia había sido su propio cuerpo en una vida anterior. Fue allí donde recordó otra existencia anterior en aquella misma oscuridad, el mismo frío y el mismo olor a polvo...

Pariskas se quedó aterrorizado. ¿Qué es esto? ¿Qué será esta funesta coincidencia? Si siguiera contemplando fijamente, sin miedo, esta memoria evocada en su última vida, tal vez encontraría su misma imagen en otra vida previa a la que ya había pasado. ¿Quizás la macabra cadena de recuerdos que se pliegan dentro del infinito continúa sin límites como dos espejos enfrentados, es decir, infinitamente?

Se le puso la carne de gallina por todo el cuerpo y procuró huir. Sin embargo sus pies estaban paralizados. Le estaba costando mucho apartar su mirada del rostro de la momia. Estaba de pie en una postura congelada, inmóvil frente al cuerpo reseco de color ámbar.

Al día siguiente, cuando un soldado persa de otra división encontró a Pariskas, se encontraba tirado en el sótano de la tumba, abrazado rígidamente a la momia. Le asistieron y finalmente se recobró. No obstante mostraba claramente síntomas de demencia y se puso a delirar. Decían que la lengua en la que hablaba Pariskas ya no era persa, sino egipcio.

[2] Antiguo nombre de la República Islámica de Irán. Aquí se refiere al Imperio aqueménida.

[3] Se refiere a Mut, deidad del Antiguo Egipto. El perro salvaje que aparece a continuación representa a Seth; el cocodrilo, a Sobek, y la garza azul, a Ibis.

La luna sobre la montaña

Li Zheng de Longxi [4] era erudito e ingenioso. Cuando aún era joven, durante el último año de Tianbao [5], su nombre apareció en la Tabla de Tigre [6] y fue nombrado administrador de la zona sur del río [7]. Sin embargo era de carácter obstinado y no congeniaba con el resto de funcionarios. No confiaba en nadie salvo en sí mismo y no se conformaba con ejercer una posición humilde. No tardó en dimitir como administrador y regresó a su tierra natal, Guolue. Se apartó del mundo y se entregó por entero a la poesía. En vez de doblegarse como un administrador de bajo rango ante poderosos gobernadores corruptos, quería ser recordado como un poeta de renombre cien años después de su muerte. Sin embargo le costaba obtener prestigio literario y su situación personal empeoraba día tras día. Li Zheng comenzó a perder la paciencia. Su rostro empezó a tornarse severo y huesudo, y fútilmente sólo sus ojos conservaron su brillo. Ya no era el mismo de antes, aquel hermoso muchacho de rosadas mejillas que hacía años había aprobado el *jínshi* [8]. Un par de años después su paupérrima situación se volvió insoportable y regresó al este, doblegando finalmente su espíritu a cambio de comida y ropa para su esposa y su hijo. Una vez allí llegó a trabajar como administrador regional. En cierta manera esto fue consecuencia de la frustración que le causó su carrera como poeta. Sus antiguos compañeros habían ascendido a posiciones de alto rango. No era difícil imaginar cuán herido estaba el orgullo de Li Zheng, cuyo

talento había sido loado en el pasado, al tener que recibir con agrado las órdenes de aquella gente a la que consideraba necia y no prestaba la menor atención. Estaba disgustado y amargado. Cada vez más le costaba reprimir sus palabras y acciones, ajenas a la moral y al sentido común. Al año siguiente marchó de viaje por motivos oficiales. Una noche durmió a orillas del afluyente Jyosui [9] del río Huai, y finalmente perdió el juicio. Se despertó repentinamente en mitad de la noche con el rostro alterado y salió de su posada balbuceando ininteligiblemente. Y se adentró corriendo en las tinieblas. Nunca jamás regresó. A pesar de que se ejecutó una batida por los montes y campos cercanos, no hallaron ni rastro.

Un año después el director general de inspección [10] Yuan Can del distrito Chen [11] acudió a Lingnan [12] y pernoctó en Shangyu [13] durante su camino. Al día siguiente por la mañana, cuando estaban punto de partir aún de madrugada, el responsable del albergue les dijo:

—Esta zona sólo se puede cruzar durante el día, ya que más adelante hay un tigre que devora a los viajeros. Aún es temprano, así que es mejor que esperen un poco.

Sin embargo Yuan Can se sintió a salvo gracias a su numeroso séquito y partió ignorando las palabras del responsable del albergue. Mientras cruzaba las praderas del bosque con la ayuda de la luz de la luna que aún lucía en lo alto, apareció efectivamente un feroz e impetuoso tigre entre la maleza. Parecía que el tigre estaba a punto de abalanzarse sobre Yuan Can cuando de pronto se dio la vuelta y regresó a su escondrijo.

—¡Qué poco ha faltado! —murmuró repetidamente una voz humana entre las matas. A Yuan Can le sonaba esa voz. A pesar del susto, tuvo de pronto un recuerdo y gritó:

—¡Esa voz! ¿No es la de mi amigo el señor Li Zheng?

Yuan Can había aprobado el *jínshi* en el mismo año que Li Zheng. Era uno de sus pocos amigos y quizás el más cercano, ya que el carácter apacible de Yuan Can no chocaba con el temperamento orgulloso de Li

Zheng.

Durante un tiempo no hubo respuesta alguna desde la maleza. Sólo se oía un sonido muy leve similar a unos sollozos. Después de un rato una voz grave contestó.

—Es cierto. Soy Li Zheng de Longxi.

Yuan Can se olvidó de su miedo y bajó del caballo. Se acercó a las matas y saludó con nostalgia a su amigo, con el que hacía tanto tiempo que no se encontraba.

—¿Por qué no sales de las matas? —preguntó.

—Porque ya no soy un ser humano. ¿Cómo demonios podría mostrar esta lamentable figura ante mi viejo amigo sin sentirme avergonzado? Si lo hiciera, ten por seguro que te provocaría miedo y repulsa. Sin embargo, ahora que he logrado inesperadamente encontrarme con mi antiguo compañero, la nostalgia me ha invadido hasta el punto de olvidar esta sensación de deshonra. Por favor, aunque sólo sea un rato, ¿podías conversar conmigo, Li Zheng, el que fue tu viejo amigo, sin prestar atención a mi vergonzosa apariencia actual? —preguntó Li Zheng.

Aunque le resultó bastante extraño cuando recordó todo aquello, en aquel momento Yuan Can aceptó inocentemente y sin vacilar aquel sobrenatural misterio. Ordenó a uno de sus subordinados detener el avance de la comitiva, se puso de pie al lado de las matas y conversó con aquella voz invisible; las habladurías de la capital, noticias de sus antiguos compañeros o la posición actual de Yuan Can, por la cual Li Zheng le felicitó. Después de contarse en tono franco todas estas historias como dos buenos amigos de la juventud, Yuan Can le preguntó a Li Zheng cómo había llegado a adoptar esa forma. La voz desde las matas le contó lo siguiente:

—Hace justo ahora un año salí de viaje y pernocté a orillas del río afluente Jyosui. Después de haber dormido un rato me desperté repentinamente. Alguien me estaba llamando por mi nombre desde afuera. Al salir, contestando a aquella voz, oía como me llamaban

insistentemente desde la oscuridad. Sin apenas darme cuenta me puse a correr, persiguiendo a aquella voz. Mientras corría desesperadamente el camino se adentraba en el bosque de las montañas. Al desplazarme inconscientemente agarraba la tierra con ambas manos. Sentía que mi cuerpo estaba inundado de fuerza y saltaba ágilmente sobre las rocas. Cuando me di cuenta tenía pelo en los extremos de las manos y los codos. Después de que hubiera clareado un poco miré mi figura en el río del valle. Me había convertido en un tigre. Al principio no confié en mis ojos. Luego pensé que debía tratarse de un sueño, ya que hasta entonces había tenido sueños lúcidos, esos sueños que sabes que son sueños. Cuando tuve que reconocer que aquello no era en absoluto un sueño me quedé atónito. Y tuve miedo. Un miedo muy profundo, pensando que cualquier cosa me podría ocurrir. Pero ¿por qué sucedió todo esto? No lo entiendo. No sabemos absolutamente nada. Aceptamos dócilmente aquello que nos han impuesto sin saber la razón y seguimos viviendo sin saberlo. Esto es «el destino» de nuestro ser. Durante un instante pensé en la muerte. Sin embargo, nada más ver pasar corriendo un conejo por delante de mí, «la persona» que había en mi interior desapareció en el acto. Cuando «la persona» que había dentro de mí se despertó nuevamente, mi boca rebosaba de la sangre del conejo y su pelaje estaba desparramado a mi alrededor. Esta fue la primera experiencia que tuve como un tigre. Me es absolutamente imposible contar qué clase de actos sigo realizando desde aquel entonces hasta ahora. Pero mi espíritu humano vuelve siempre durante un par de horas al día. Durante esos momentos puedo manejar el idioma humano, mantener pensamientos complejos y recitar los versos de la doctrina de Confucio como antiguamente. El instante más miserable, furioso y horrible es cuando veo a través de mi espíritu humano las crueles acciones que he cometido y reflexiono sobre mi propio destino. Pero esas horas, cuando vuelvo en mí mismo, se están haciendo cada vez más cortas con el tiempo. Antes me extrañaba que me hubiera convertido en tigre. Y un día me di cuenta de que estaba pensando cómo era posible que antes fuera un hombre. Eso es terrible. El

espíritu de mi interior quedará completamente eclipsado por el hábito de la fiera, como si los cimientos de un antiguo palacio quedaran poco a poco sepultados en la tierra. Si esto sucediera, finalmente olvidaría por completo mi propio pasado y enloquecería como un tigre. Y aunque me cruzara contigo por el camino como hoy, no te reconocería como mi amigo antiguo y te devoraría sin ningún cargo de conciencia. En un principio estoy seguro de que hombres y bestias éramos otra cosa. Al principio recordábamos cómo éramos; poco a poco lo fuimos olvidando, convencidos de que nuestra forma actual no difería en nada. Pero todo eso ya no importa. Cuando desaparezca mi espíritu humano, posiblemente llegaré a ser más feliz. Aun así la persona dentro de mí teme terriblemente este momento. ¡Ay! ¡Me siento tan terrible, apenado y lamentable al perder mi consciencia como hombre! Nadie puede entender este sentimiento. Nadie lo entendería a no ser que se pusiera en mi lugar. Por cierto, tengo una idea. Antes de que deje completamente de ser un hombre tengo un favor que quiero pedirte.

Tanto Yuan Can como su comitiva escuchaban atentamente con la respiración contenida el misterio que narraba aquella voz desde dentro de las matas. La voz continuó hablando.

—Escucha. Desde el principio sólo quería ganar fama como poeta. Pero llegué a esta situación sin haber concluido mi tarea. No es necesario decir que nadie conoce los varios cientos de poemas que escribí anteriormente. No creo que nadie encuentre ya todos esos escritos inéditos. Pero entre ellos recuerdo varias decenas que aún puedo recitar. Me gustaría que los transcribieras por mí. No es mi intención parecer un poeta de talento. No puedo distinguir entre la virtud y la torpeza de mi obra. De todas maneras no podré morir tranquilo si no puedo transmitir a la posteridad una parte de aquello que me obsesionó de tal manera en vida que me costó mi fortuna y mi cordura.

Yuan Can ordenó a uno de sus ayudantes que tomara un pincel y anotara todo lo que dictara aquella voz entre las matas. La voz de Li

Zheng resonaba con claridad a través de la maleza. Entre piezas cortas y largas sumaban una treintena, con una composición y expresividad elegante y una magnífica intencionalidad. En todas ellas se apreciaban las incomparables capacidades del autor. No obstante, a pesar de su admiración al oírlas, Yuan Can tenía una vaga sensación.

—No cabe duda de que el talento del autor es portentoso, pero ¿quizás hay algo muy delicado que aún le falta para que lleguen a ser auténticas obras de primera línea?

La voz de Li Zheng, que por fin había terminado de recitar sus antiguos poemas, cambió súbitamente de tono y dijo como si se riera de sí misma:

—Es algo vergonzoso, pero de vez en cuando todavía sueño con que mi antología poética repose sobre las mesas de los intelectuales de Chang ´an, a pesar de haber adoptado este aspecto deplorable. Este es mi sueño mientras estoy tumbado dentro de una cueva. Qué ridículo, un hombre incapaz de convertirse en un poeta que se ha transformado en tigre — Yuan Can le escuchaba entristecido, recordando la costumbre que Li Zheng tenía cuando era joven de burlarse de sí mismo—. Mira, a propósito de esta comedia, ¿me permites expresar mis actuales sentimientos en un improvisado poema? Será testimonio de que aquel Li Zheng sigue aún vivo en este tigre.

Yuan Can llamó de nuevo a su ayudante para que lo anotara, siendo así el poema que recitó:

La locura en una bestia me convirtió contra mi voluntad.
Una calamidad tras otra me persiguieron sin escapatoria.
Nadie hay que pueda derrotar a mis garras y colmillos.
Hubo un tiempo en que los dos gozamos de buena fama.
Yo yazco agazapado entre las matas como una fiera.
Tú paseas con brío en tu carruaje como un alto dignatario.
Esta noche miro hacia la luna clara que ilumina la montaña

[y el valle.

Y sin poder recitar un poema, sólo puedo rugir.

En ese momento la luna brillaba con luz pálida. El blanco rocío cubría la tierra. La helada corriente que corría entre los árboles anunciaba la llegada del alba. Todos los presentes olvidaron la perplejidad de aquel suceso y lamentaron profundamente la desgracia del poeta. La voz de Li Zheng retomó su discurso.

—Dije hace un momento que no entendía cómo pude correr este destino. Pero reflexionando he recordado algo. Cuando aún era un ser humano procuré no trabar amistad con nadie. La gente me decía que era arrogante y altivo. La verdad es que desconocían que me comportaba así debido a mis sentimientos de vergüenza. Es cierto que yo, que fui considerado como el más brillante de mi localidad, tenía mi propia dignidad. No obstante, aquello era más bien el orgullo de un cobarde. Aunque quería que mi poesía adquiriera una buena reputación, no intenté convertirme en el discípulo de algún gran maestro ni procuré estimular mi obra mediante la compañía de otros poetas para mejorar mi métrica. Tampoco me permití rebajarme a la altura de las personas mundanas e iletradas. Todo esto se debía a mi cobarde orgullo y mi sentimiento altivo de vergüenza. No me atrevía a pulir mi talento, ya que tenía miedo de no ser una joya. Pero tampoco podía quedarme con la arcilla [\[14\]](#), ya que en el fondo creía que podía ser una joya. Poco a poco me iba separando del mundo y alejando de la gente. Alimentaba y criaba mi cobarde orgullo interior mediante la indignación, el rencor y la vergüenza. Dicen que todos somos domadores de fieras, y que la fiera es nuestro carácter. En mi caso mi fiera era este sentimiento altivo de vergüenza. Era un tigre. Me hizo daño, atormentó a mi esposa y a mi hijo e hirió a mis amigos. Finalmente me ha hecho adoptar este aspecto tan apropiado para mi interior. Ahora me doy cuenta de que efectivamente he malgastado el poco talento que tenía en balde. Solía repetirme aquel viejo dicho: la vida es demasiado larga como para no hacer nada, pero

demasiado corta como para hacer algo. En realidad todo mi ser estaba formado por un temor ruín a desvelar mi falta de talento y la pereza que me impedía realizar cualquier esfuerzo. Muchas personas se han convertido en admirables poetas, a pesar de tener mucho menos talento que yo, ya que concentraron todos sus esfuerzos en pulirlo. Ahora que me he convertido en tigre me doy cuenta de todo esto. Aun así, cuando lo pienso, siento un terrible arrepentimiento, como si me ardiera el pecho. Ya no puedo vivir como un hombre. Aunque hubiera compuesto magníficos poemas en mi mente, ¿cómo podría publicarlos? Además mi mente se asemeja cada día más a la de un tigre. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué será de mi vida despreciada? No puedo soportarlo más. En momentos así subo a una roca situada en la cima de aquella montaña y rujo hacia el valle solitario para compartir con alguien esta tristeza que me arde en el pecho. Anoche también subí a aquel punto y rugí hacia la luna para intentar que alguien comprendiera mi sufrimiento. Sin embargo los animales se agazapan y atemorizan al escuchar mi rugido. Y las montañas, los árboles, la luna y el rocío piensan que no se trata más que de un tigre que ruge preso de una furia enloquecida. Aunque salte hacia el cielo y me tumbe sobre la tierra en mi lamento, nadie puede entender mis sentimientos, del mismo modo que nadie entendía mi frágil espíritu cuando aún era un hombre. Si mi pelaje parece empapado, no lo achaquéis únicamente al rocío de la noche.

Por fin la oscuridad que les rodeaba comenzaba a desvanecerse. Un cuerno [\[15\]](#) empezó a sonar entre las hojas, como un lamento lejano cuyo origen era difícil de precisar.

La voz de Li Zheng dijo:

—Ya ha llegado el momento de despedirme, pues ya se acerca la hora de mi perdición en la que he de volver a ser un tigre. Sin embargo quisiera pedirte otro favor. Es sobre mi esposa y mi hijo, que aún siguen en Guolue. Es obvio que no saben nada de mi destino. Cuando regreses del sur, ¿podrías decirles que he muerto, por favor? No quiero que

reveles nada de lo que ha sucedido hoy. Es una petición vergonzosa, pero te ruego que hagas lo que puedas por ellos para que no padezcan más inclemencias, ten compasión de la soledad y desamparo de su existencia. No habría para mí acto más misericordioso.

Cuando terminó de hablar se oyó un llanto entre la maleza. Yuan Can contestó con lágrimas en los ojos que estaría encantado de cumplir el deseo de Li Zheng. Sin embargo, súbitamente, la voz de Li Zheng volvió de nuevo al anterior tono de burla sobre sí mismo y dijo:

—Si realmente fuera un hombre debería haberte pedido este favor mucho antes. Un hombre que está más preocupado por su fracaso como poeta que porque su esposa y su hijo pasen frío merece el destino de convertirse en una bestia.

Y luego añadió:

—Cuando vuelvas desde Lingnan no tomes este camino, ya que quizá haya perdido mi consciencia, no pueda reconocerte como a un viejo amigo y te ataque sin piedad. Y ahora, después de que nos despedamos, cuando subas a aquella colina a cien pasos más adelante, quiero que te vuelvas hacia esta dirección. Te mostraré de una vez mi forma presente. No pretendo alardear de mi valor, más bien quiero que contemples mi repugnante figura para que jamás pienses en volver a verme ni cruzar este camino.

Yuan Can se despidió cordialmente hacia la maleza y subió a su caballo. De nuevo se oía aquella voz que sollozaba incontrolablemente desde los matorrales. Yuan Can partió igualmente con los ojos llenos de lágrimas, dirigiendo un par de veces su mirada hacia las matas.

Cuando la comitiva llegó a la colina volvieron la cabeza como les habían dicho y miraron hacia la pradera en medio del bosque. De repente vieron cómo aparecía un tigre saltando desde la maleza hasta el camino. El tigre miró hacia la luna blanca que había perdido ya su brillo y rugió un par de veces. Un instante después saltó de nuevo hacia las matas desde las que había salido y jamás volvió a aparecer.

[4] El condado de Dingxí, una ciudad-prefectura en la provincia de Gansu, República Popular de China.

[5] Denominación con la que se conoce a la era del emperador Xuanzong, de la dinastía Tang (742-756).

[6] Abreviatura de la Tabla del Dragón y el Tigre, un letrero donde se anunciaban los nombres de las personas que habían aprobado el sistema de examen imperial chino y habían ascendido a *jínshi* (v. nota 8). La palabra «tigre» se usaba como metáfora de alguien con talento.

[7] El servicio del gobierno regional en la Antigua China. El sur del río se refería a la costa meridional del río Yangtsé (o río Chang). Este puesto consistía en administrar el sector de las fuerzas del orden y la Armada.

[8] Durante la dinastía Tang, el *jínshi* era el más alto grado o nivel que se podía alcanzar en el sistema de examen imperial chino, una dura oposición para entrar al servicio de la corte. También denominaba a los funcionarios que habían superado este examen en la capital china, el último del sistema.

[9] Río que nace en el monte Laojun de Songxian, en la provincia de Henan.

[10] Responsable gubernamental encargado de inspeccionar el comportamiento de los administradores locales y la recaudación.

[11] Topónimo de la ciudad-prefectura de Huaiyang, en la provincia de Henan.

[12] La zona más al sur de la cordillera de Nanling. Limitaba con Guangdong y Guangxi.

[13] Un lugar de la provincia de Henan.

[14] Se refiere a la gente iletrada, contrastando así con la metafórica joya.

[15] Señal que anunciaba el alba.

La catástrofe de las letras [\[16\]](#)

¿Cómo demonios es posible que exista el espíritu de las letras?

Los pueblos de Asiria conocen innumerables espíritus: Enlil, que pulula por la noche, y su mujer Ninlil; Namtar, el que desata las epidemias; Etimmu, espíritu de los difuntos, y Lamashtu, la secuestradora. El cielo de Asiria está lleno de numerosos espíritus malignos. Sin embargo nadie había oído hablar del espíritu de las letras.

En aquel tiempo, aproximadamente el vigésimo año del reinado del gran rey Asurbanipal, corría un insólito rumor por la corte de Nínive. Decían que por las noches se escuchaba un extraño cuchicheo en las tinieblas de la biblioteca. Por entonces a duras penas el gran rey Asurbanipal había terminado de sofocar la rebelión de su hermano mayor, el rey Shamash-shum-ukin, tras la caída del palacio de Babilonia. No obstante comenzó a investigar el rumor, sospechando que se podía tratar de un complot organizado por sus opositores, pero resultó no ser así. No cabía duda de que aquellas voces provenían de algún espíritu. Alguien comentó que eran las voces de los espíritus de los prisioneros babilonios que acababan de ser ejecutados ante el rey. No obstante cualquiera sabía que eso no era cierto. Más de mil prisioneros procedentes de Babilonia habían sido ejecutados y sus lenguas fueron arrancadas sin excepción. Cuando amontonaron todas esas lenguas se formó una pequeña montaña. Este hecho era bien conocido por todo el

pueblo. No era posible que los espíritus deslenguados pudieran conversar. Tras haber estudiado en vano la astrología y consultado los auspicios con el hígado de una oveja, no había más remedio que concluir que el cuchicheo provenía de los libros o las letras. Nadie sabía cuál sería la peculiaridad del espíritu de las letras, suponiendo que existiera. El gran rey Asurbanipal convocó a un anciano erudito, Nabu-aje-eriba, que tenía unos enormes ojos y el pelo rizado, y le ordenó investigar al espíritu desconocido.

A partir de ese día el doctor Nabu-aje-eriba acudió diariamente a la biblioteca (que más tarde quedó sepultada bajo la arena durante doscientos años, predestinada a ser excavada dos mil trescientos años después) y se enfrascó en el estudio exhaustivo, analizando pormenorizadamente cada texto. En Mesopotamia no se fabricaban papiros, a diferencia de Egipto. La gente grababa complicados signos en forma de cuña en tablas de arcilla con un pincel rígido. Los libros eran como tejas y la biblioteca se parecía al almacén de un puesto de cerámica. En la mesa del viejo erudito, cuyos soportes eran las patas de un león desde el muslo hasta las garras, se encontraba cada día montañas de tejas apiladas. Entre esa pesada sabiduría ancestral procuraba descubrir algún documento sobre el espíritu de las letras, pero era inútil. Únicamente encontró un escrito que decía que Nabu de Borsippa era capaz de manipular las letras. Tenía que resolver por sí mismo si existía un espíritu en las letras o no. El viejo doctor se alejaba de los libros y pasaba todo el día mirando fijamente una sola letra. Los adivinos eran expertos en intuir cualquier fenómeno, fijando su mirada en el hígado de una oveja. El doctor intentó averiguar la verdad a través de la mirada fija y la observación, siguiendo la técnica de los adivinos. Mientras tanto sucedió algo extraño. A medida que clavaba los ojos en una letra durante mucho tiempo, esa letra se deshacía sin darse cuenta. No podía evitar verla como una mezcla de unas líneas sin sentido. ¿Cómo podía representar un determinado sonido y su significado un mero conjunto de

líneas? No había forma de saberlo. El venerable Nabu-aje-eriba se topó con ese extraño fenómeno por primera vez en su vida y quedó profundamente sorprendido. Algo que consideraba tan natural desde hacía setenta años hasta ese momento ya no era natural ni necesario. Fue como una venda que cayera de sus ojos. ¿Qué es lo que trae un sonido fijo y un sentido determinado a un grupo de simples líneas desordenadas? Cuando llegó a esta conclusión, el viejo doctor reconoció indudablemente la existencia del espíritu de las letras. Cuando las manos, las piernas, la cabeza o el vientre no están unidos por el alma, no forman un ser humano. Del mismo modo, ¿cómo un conjunto de simples líneas pueden poseer sonidos y significados sin un espíritu que las una?

Tras este descubrimiento comenzó a percibir gradualmente características del espíritu de las letras que hasta entonces desconocía. Había tantos espíritus de las letras como objetos en la tierra. Los espíritus de las letras se engendraban y multiplicaban como ratas salvajes.

Nabu-aje-eriba recorría la ciudad de Nínive, inquiría a quienes habían aprendido a leer recientemente y les preguntaba a cada uno pacientemente si les había sucedido algo fuera de lo normal, algo de lo que se hubieran percatado antes de que supiesen leer esas letras. Por esa razón procuró aclarar el papel que desempeñaba el espíritu de las letras contra las personas. El resultado fue una extraña estadística. Había una abrumadora mayoría de personas que, desde que habían aprendido a leer, eran de repente incapaces de atrapar piojos. Se les metía más polvo que antes en los ojos. Apenas podían atisbar la figura de las águilas en el cielo, que hasta entonces podían ver sin dificultad. Percibían el color del cielo menos azul que antes. «El espíritu de las letras devora los ojos de las personas. Es como si se tratara de un gusano que horada la cáscara de la nuez y se come hábilmente todo el grano que está en su interior». Nabu-aje-eriba lo anotó en una nueva tabla de arcilla. También había bastante gente acorde a ese estado desde que había descubierto las

letras; empezaban por toser, se quejaban de los estornudos que habían comenzado a soltar, comenzaban a tener hipo y sufrían diarrea. «Parece que el espíritu de las letras mina la nariz, la garganta y el estómago de las personas», añadió el erudito anciano. Desde que habían memorizado las letras surgían personas que decían que su cabello escaseaba súbitamente, las piernas se les debilitaban, las manos y los pies empezaban a temblar y la mandíbula se les desencajaba. Nabu-aje-eriba concluyó finalmente: «El mal de letras logra dañar la inteligencia de las personas y paralizar la mente humana. Es decir, llega hasta el final». En comparación con el estado anterior al aprendizaje de letras, los artesanos perdían su destreza. Los soldados se volvían cobardes. Los cazadores fracasaban frecuentemente en atrapar a los leones. Todo esto se veía claramente en aquella estadística. Había quien se lamentaba porque ya no disfrutaba haciendo el amor con las mujeres desde que comenzó a intimar con las letras. Sin embargo la persona que había comentado esto era un viejo que tenía más de setenta años. De modo que no se podía saber si era realmente por culpa de las letras. Así creía todo esto Nabu-aje-eriba. Parece que los egipcios consideran la sombra de un objeto como una parte de su propia alma. ¿Serían acaso las letras como esas sombras?

¿Serían las letras que forman la palabra «león» [\[17\]](#) la sombra de un león real? Por esa razón, ¿un cazador que había aprendido las letras de la palabra «león» apuntaba a la sombra del león en vez de al león real? ¿Un hombre que había estudiado la letra «mujer» [\[18\]](#) hacía el amor con la sombra de la mujer en vez de con una mujer real? Cuando no había escritura, antes del diluvio de Pir-napishtim, tanto el placer como la sabiduría entraban directamente en las personas. Y ahora sólo sabían que la sombra del placer y la sabiduría estaba cubierta por un velo de letras. En los últimos tiempos la gente había dejado atrás su memoria. Esto era sin duda una travesura del espíritu de las letras. Las personas ya no podían recordar nada si no lo escribían. Desde que iba cubierta, la piel

humana se volvió débil e indecorosa. Desde que se inventaron los vehículos, las piernas humanas se volvieron enclenques y desagradables. Desde que las letras habían comenzado a difundirse, la cabeza humana había dejado de funcionar.

Nabu-aje-eriba conocía a un anciano erudito de los libros. Ese viejo era aún más docto que Nabu-aje-eriba, que era también docto. Sabía leer no solamente sumerio y armenio, sino también los jeroglíficos egipcios escritos en papiros y pergaminos con suma fluidez. Casi no había nada que no supiera este hombre sobre los antiguos sucesos que se habían plasmado en palabras. Sabía qué tiempo hizo aquel día de aquel mes de aquel año bajo el reinado de Tukultininurta I. Pero no sabía si el día era soleado o nublado en su propia jornada. Sabía de memoria qué había dicho la pequeña Sabit a Gilgamesh para consolarle. Sin embargo no sabía qué decir para poder consolar a su vecino, que había perdido a su hijo recientemente. Sabía qué clase de vestuario ostentaba Sammuamat, la esposa de Adad-nirari I. Pero no se daba cuenta de qué tipo de ropa llevaba él mismo en ese momento. ¡Cuánto amaba a las letras y a los libros! Nunca se quedaba satisfecho leyéndolos, memorizándolos y acariciándolos. Los adoraba hasta tal punto que masticó las tablas de arcilla de la versión más antigua del *Cantar de Gilgamesh*, las diluyó en el agua y se las tragó. El espíritu de las letras devoraba sus ojos sin clemencia y era ya muy miope. Aun así no paraba de leer aquellos textos, acercando tanto sus ojos que la punta de su nariz aguileña tenía un duro callo por el roce con las tablillas. El espíritu de las letras también carcomía su columna y caminaba tan encorvado que la mandíbula se le pegaba al ombligo. No obstante no se daba cuenta de que él estaba encorvado, aunque supiera escribir la palabra «encorvado» en cinco idiomas. El doctor Nabu-aje-eriba calificó a este hombre como la primera víctima del espíritu de las letras. Sin embargo, a pesar de su aspecto miserable, este anciano parecía siempre tan feliz que provocaba envidia. Esto le extrañaba bastante a Nabu-aje-eriba, pero lo consideraba una

consecuencia del mágico y astuto poder del espíritu de las letras, como si se tratara de un afrodisiaco.

Casualmente el gran rey Asurbanipal enfermó. El médico de la familia real, Arad-nana, diagnosticó una dolencia grave y tomó prestada la vestimenta del rey. Se la puso y se disfrazó del rey. De esta manera intentó engañar al dios de la muerte, Ereshkigal, para transferir el mal desde el rey a él mismo. Había algunos jóvenes que desconfiaban de este anticuado método típico entre los médicos. Esto era completamente irracional. ¿Cómo demonios un plan tan infantil como éste podría engañar a Ereshkigal?, decían. Al oírlo, el erudito Nabu-aje-eriba se mostró disgustado. Como en estos jóvenes, algo extraño hay detrás de esa actitud que pretende encontrar una razón para todo. Es algo verdaderamente extraño, como si un hombre lleno de mugre se dedicase a decorar delicadamente una parte de sí mismo sin sentido alguno, como la punta de un pie. Este tipo de persona no entiende qué lugar ocupan los seres humanos entre las nubes del misterio. El sabio anciano estimó el racionalismo superficial como una especie de enfermedad. Y había sido sin duda el espíritu de las letras quien había difundido esta enfermedad.

Un día vino un joven historiador, el escribano de la corte llamado Ishdinabu, y preguntó al viejo doctor qué era la historia. Al ver la expresión atónita del doctor, el joven se explicó. Había varias explicaciones sobre la reciente muerte del rey de Babilonia, Shamash-shum-ukin. Era cierto que fue él mismo quien se tiró al fuego. Pero algunos decían que el rey llevó una vida indescriptiblemente lasciva, fruto de la desesperación, durante su último mes. Otros comentaban que el rey se dedicaba a purificarse cada día y que seguía rezando a Shamash. También había algunos que afirmaban que se arrojó al fuego únicamente con su esposa legítima, y otros contaban que primero lanzó cientos de cortesanas y concubinas a la hoguera de leña y finalmente se tiró él también. Nadie sabía qué versión era la correcta, de modo que todo terminó desvaneciéndose como el humo. «Pronto el gran rey me va a ordenar elegir una de ellas y

anotarla. Esto es un mero suceso, pero ¿es correcto que la historia sea algo así?».

Al observar que el erudito doctor guardaba un erudito silencio, el joven historiador reformuló su pregunta de la siguiente manera: «¿Es la historia aquello que sucedió en el pasado, o son las letras escritas en tablas de arcilla?».

El anciano doctor percibió entonces un matiz en esa pregunta, como si estuviera confundiendo la cacería del león con un relieve que representara la cacería del león, pero que no podía plasmar exactamente en palabras. Así que le contestó al joven de la siguiente manera: «La historia es tanto aquello que sucedió en el pasado como lo que está anotado en las tablas de arcilla. Ambas cosas son iguales».

El historiador preguntó: «¿Y los errores de transcripción?».

«¿Fallos de transcripción? ¡Déjate de bobadas! Lo que no está escrito no existió. La semilla que no germina no existe desde un principio. La historia son estas tablas de arcilla».

El joven historiador miró tristemente la tabla que estaba señalando el doctor. Relataba la conquista del rey Sargon, escrita por el mejor historiador del país, Nabu-sharim-shun. Allí, en la superficie de la tabla, se encontraban algunas semillas de granada aplastadas y mugrientas que el anciano había escupido al hablar.

«Parece que tú, Ishdi-nabu, aún desconoces el terrible poder del espíritu de las letras que nos envía el dios de la sabiduría, Nabu de Borsippa. Una vez que el espíritu de las letras se apropia de cualquier acto y lo representa con su propia figura, ese acto obtiene la vida eterna. Y al contrario, aquellos que no han llegado a manos del poder del espíritu de las letras desaparecen para siempre. ¿Por qué no existen las estrellas que no están descritas en el documento de Anu Enril de la época antigua? Porque no las plasmaron en letras en el documento de Anu Enril. Cuando la gran estrella Marduk (Júpiter) atraviesa la frontera de la Cría de Oveja (Orión), cae la ira de los dioses. Cuando el eclipse aparece por encima de

la luna, los amorreos padecen numerosas catástrofes. Todo esto sucede porque así está escrito en los textos antiguos. Como no existían las letras para la palabra "caballo", los sumerios no conocían los caballos. Nada podría ser más terrible que el poder del espíritu de las letras. Si crees que tú y yo somos los que escriben utilizando las letras estás profundamente equivocado. Nosotros somos humildes siervos a las órdenes del espíritu de las letras. Aun así sufrimos un daño terrible por parte del espíritu de las letras. Ahora mismo estoy estudiando diligentemente este tema. Ahora mismo dudas sobre las letras que se emplean para escribir la historia. Esto te está sucediendo porque has intimado demasiado con las letras y el veneno de ese espíritu te está afectando».

El joven historiador partió con una extraña expresión. Durante un rato el viejo doctor lamentó que el espíritu de las letras estuviera intentando atacar incluso a un joven tan prometedor como ése. Concebir dudas sobre las palabras por haber intimado demasiado con ellas no era ninguna contradicción. Hacía unos días el mismo doctor había devorado un cordero asado casi por completo, ya que siempre había sido muy glotón. Sin embargo, algún tiempo después, apenas podía soportar la visión de las ovejas pastando sin que le inundara una incontrolable sensación de repugnancia.

Después de que se hubiera marchado el muchacho, de repente Nabu-aje-eriba empezó a deliberar mesándose el escaso pelo rizado que le restaba en su cabellera. ¿Quizá había elogiado el poder del espíritu de las letras en su conversación con ese joven? Qué acto tan lamentable. Chasqueó la lengua: «Incluso yo estoy siendo embaucado por el espíritu de las letras».

En realidad, desde hacía bastante tiempo, el espíritu de las letras le estaba causando una temible enfermedad al anciano doctor. Había comenzado cuando se dedicó a pasar el tiempo mirando fijamente una letra durante un par de días para descubrir la existencia del espíritu de

las letras. Durante ese tiempo las letras que tenían un sonido y un sentido determinado súbitamente se descomponían y transformaban en meros conjuntos de líneas rectas. Esto es algo que ya habíamos comentado. Desde entonces, además de afectar a las letras, un fenómeno similar a éste empezó a extenderse a todos los aspectos de su vida diaria. Mientras miraba fijamente una casa, ésta se transformaba, en el interior de sus ojos y de su cabeza, en un conjunto sin sentido de vigas, sillares, ladrillos y yeso. No entendía cómo algo así podía servir de morada para una persona. Al mirar la figura de los seres humanos sucedía lo mismo. Todo se podía analizar por partes, pero su conjunto carecía de sentido. No llegaba a comprender cómo algo con un aspecto tan extraño podía ser una persona. Y no solamente afectaba a lo visible. A causa de esta insólita enfermedad que inducía a este tipo de análisis, la vida cotidiana y cualquier hábito o costumbre habían perdido completamente el sentido que tenían hasta entonces. Todo lo que parecía sustentar la vida humana le parecía sospechoso. El doctor Nabu-aje-eriba estaba al borde de la locura. Pensó que si continuaba su investigación sobre el espíritu de las letras podría costarle la vida. Se quedó estupefacto, redactó inmediatamente un informe sobre la investigación y se lo entregó al gran rey Asurbanipal. Bien era cierto que el doctor añadió parte de sus opiniones políticas en él. Asiria, un insigne reino militar, había sido carcomido por completo por el invisible espíritu de las letras. Además apenas había gente que se hubiera percatado de ello. Si no se corrigiera la actitud de sumisión incondicional, se terminarían arrepintiéndose.

El espíritu de las letras iba a ejecutar su venganza contra este charlatán. El informe de Nabu-aje-eriba indignó al gran rey. Era natural, ya que el gran rey era un acérrimo incondicional de Nabu y también una persona culta de primera categoría en aquel tiempo. Ese mismo día el anciano erudito fue cesado de sus funciones. Si Nabu-aje-eriba no hubiera sido su maestro desde la infancia, el gran rey le habría condenado a ser desollado vivo. El doctor se quedó perplejo por la

inesperada reacción del rey, e inmediatamente reconoció que se trataba de la venganza del malvado espíritu de las letras.

Sin embargo la cosa no acabó aquí. Un par de días después, cuando un gran terremoto atacó la región de Nínive y Erbil, el doctor se encontraba casualmente en la biblioteca de su propia casa. Como su casa era ya vieja, las paredes se desmoronaron y las estanterías se vinieron abajo. Innumerables libros, cientos de pesadas tablillas de arcilla cayeron encima de este charlatán junto con un terrible susurro maldito de las letras. Y así murió el doctor, aplastado cruelmente.

[16] [N. del T.] El término japonés 文字 (*moji*) significa «letra», ya que corresponde a un único signo gráfico de escritura. A diferencia del español, cada uno de estos signos puede contener un significado propio, de modo que otra posible traducción de *moji* sería «palabra».

[17] En japonés 獅子, *shishi*.

[18] 女, *onna*, en el original.

La felicidad

Había una vez en una isla un hombre sumamente miserable. No se sabía cuántos años tendría, ya que no existía la extraña costumbre de contar la edad en aquel lugar. No obstante no era muy joven. Su aspecto grotesco era objeto de burla, ya que no tenía el pelo demasiado rizado ni la nariz completamente chata. Además tenía los labios finos y no se encontraba el brillo del ébano en su cara, lo cual no hacía sino acentuar su fealdad. Quizá este hombre era el más pobre de la isla. Unos objetos llamados en ocasiones *udoudo* o *magatama* [19] servían de moneda y tesoro en la región de Palaos, pero naturalmente este hombre no disponía de un solo udoudo. No cabía ninguna duda de que era incapaz de tener esposa, que únicamente se podía conseguir mediante udoudo, y no tenía ni uno. Vivía solo en un rincón del trastero de la casa del primer rubak [20] y servía como el criado de menor rango. Los recados más humildes siempre se le encargaban a él. Era la única persona que no tenía tiempo para holgazanear en esa isla donde todos los residentes eran unos vagos. Por la mañana se levantaba antes que los pájaros del alba, que cantaban entre la espesura de los árboles de mango, y salía a pescar. De vez en cuando fracasaba en su intento de atrapar grandes pulpos, lo que provocaba que se le adhirieran por el pecho y el estómago y acababa con todo el cuerpo hinchado. A veces huía del pez gigante *tamakai*, y a duras penas lograba subir a su canoa cuando éste le perseguía. Un día un gran *akim* [21] del tamaño de un barreño estuvo a

punto de amputarle el pie. Cuando llegaba el mediodía, que era el momento en el que los habitantes de la isla se echaban una siesta a la sombra de los árboles o sobre el suelo de bambú de sus casas, este hombre estaba tan ajetreado que llegaba a sufrir mareos limpiando las chozas, construyendo cabañas, recolectando néctar de palma, entrelazando fibras de palma para hacer sogas, reforzando los techos o tallando muebles. La piel de este hombre siempre estaba empapada de sudor como una rata de campo después de un aguacero. Se encargaba de todo menos del cuidado del *musei* [22], que estaba considerado como un trabajo para las mujeres desde hacía mucho tiempo. Cuando el sol entraba en el mar occidental, el momento en el que los murciélagos comenzaban a sobrevolar las copas de los grandes árboles de *pan* [23], por fin a este muchacho se le permitía alimentarse de colas de *kukao* [24] y la parte espinosa de los pescados, como si se tratara de los restos que se echan a perros y gatos. Después recostaba su cuerpo agotado sobre el duro suelo de bambú y se quedaba dormido. En el idioma palauano se le llamaba *mo-badzu*, es decir, el que se convertía en piedra.

Su amo, el primer rubak de la isla, era uno de los más ricos de todo el archipiélago de Palaos. La región de Palaos se extendía desde esta isla, situada al norte, hasta la isla de Peleliu, en el extremo sur. La mitad de los campos de *musei* y dos terceras partes de los bosques de árbol de palma le pertenecían. En su cocina se apilaban hasta el techo vajillas de carey de primera calidad. Su abultada barriga estaba hinchada como la de una cerda preñada, a base de sus numerosos festines ricos en grasa de tortuga marina, cochinillo, feto de sirena o cría de murciélago al vapor. En su casa guardaba una lanza ceremonial con la que uno de sus antepasados había asestado un golpe mortal al jefe de una tribu enemiga cuando se disponía a atacar la isla de Kayangel. La cantidad de udoudo de la que disponía este hombre era aún mayor que la de los huevos que las tortugas de carey depositaban en la playa. Los más valiosos entre ellos eran las gemas de *bakal*. Tal era su poder que hasta los *pristiophoridae*

que nadaban más allá del atolón salían huyendo a su paso. El poder y la fortuna de este gobernante lo abarcaba todo: la construcción del *bai* [25] elevado con el techo arqueado que se erguía en el centro de la isla, decorado con frescos de murciélagos, y la fabricación de un gran navío carmesí con forma de cabeza de serpiente que era el orgullo de todos los habitantes de la isla. Aunque supuestamente estaba casado con una mujer, en realidad sus esposas eran incontables, siempre dentro de los límites que permitía el tabú del incesto.

El sirviente de este terrateniente, ese soltero miserable y lánguido, no tenía permiso para caminar de pie al pasar por delante su amo directo, el primer rubak. Tampoco delante del segundo, tercero y cuarto, ya que pertenecía a la casta más baja. Debía arrastrarse ante ellos sin excepción. Cuando zarpaba en su canoa, si se acercaba el barco de un rubak, este humilde siervo tenía que tirarse inmediatamente al agua. Saludar desde el barco era una falta de respeto intolerable. Como consecuencia de esta costumbre, un día sucedió algo. Cuando estaba a punto de lanzarse discretamente al agua vio un tiburón. Uno de los guardas del rubak que había visto cómo este hombre vacilaba, le lanzó con enfado una vara y le hirió en el ojo izquierdo. Así que no tuvo más remedio que saltar al agua por donde nadaba el tiburón. Si el tiburón hubiera sido unos tres *shaku* [26] más grande, habría perdido algo más que los tres dedos del pie que le comió el escualo.

En la isla de Koror, situada a cierta distancia de esta isla hacia el sur y considerada el centro de la cultura, se había propagado una epidemia que según decían había sido transmitida por los pieles blancas como una invasión. Había dos tipos. El primero era una escandalosa enfermedad que impedía consumir el misterio sagrado otorgado por el cielo. En Koror, cuando un hombre contraía esta enfermedad, la denominaban el «mal del hombre». En el caso de las mujeres lo llamaban el «mal de la mujer». El otro tipo no era fácil de diagnosticar, ya que comenzaba con síntomas muy sutiles. Empezaba con una tos ligera, el rostro se ponía

pálido, el cuerpo sufría agotamiento y perdía peso. Finalmente fallecían sin apenas darse cuenta. Algunos esputaban sangre pero otros no. Al parecer el hombre miserable, protagonista de esta historia, había contraído la segunda. Tosía secamente sin parar y se cansaba con rapidez. Aunque tomaba jugo de brotes machacados de *amiaka* [27] o infusión de raíz de *ogor* [28], no servía de nada. Su amo se dio cuenta y vio muy apropiado que un criado miserable contrajera un mal miserable. Por consiguiente aumentó las tareas de este criado.

Sin embargo este miserable ser era una persona muy sensata, así que no creía que su existencia fuera particularmente dura. Por muy cruel que fuera su amo se sentía agradecido porque no le prohibían ver, oír ni respirar. Por mucho trabajo que le encargaran intentaba sentirse agradecido, ya que del cultivo del musei, una sagrada tarea encomendada a las mujeres, estaba excluido. Podría parecer una desgracia que hubiera perdido tres dedos del pie al tirarse al mar cuando nadaba el tiburón. Aun así daba las gracias por no haber perdido toda la pierna. Respecto al hecho de que había enfermado del mal del cansancio que provocaba la tos seca, tenía suerte de escapar al menos de la otra enfermedad. Había personas que habían contraído el «mal del hombre» al mismo tiempo que el del cansancio. Era obvio que el hecho de que su cabello no estuviera rizado como las algas secas era un terrible defecto. Pero conocía a gente que no tenía ni un pelo en su cabeza, como las colinas rojizas de almagre. Era cierto que era muy vergonzoso el hecho de que su nariz no estuviera chafada como una rana aplastada en los campos de plátano. Pero en la isla que estaba al lado vivían dos hombres que habían perdido completamente la nariz debido al mal de la podredumbre.

No obstante, a pesar de que sabía satisfacerse de esta manera, prefería una desgracia leve a otra más grave. Le resultaba más placentero echarse una siesta a la sombra de los árboles que servir duramente al sol de mediodía. A veces rezaba a los dioses: «¡Que cualquiera de las dos cosas sea un poco más leve! La pena de la enfermedad o el sufrimiento del

trabajo. ¡Que me escuchen, si este ruego no es pedir demasiado!».

Era al dios del cangrejo de los cocoteros, Katatsutsu, y al dios de la lombriz, Urazu, a quienes lanzaba sus súplicas, entregando como ofrenda en sus capillas una patata de *taro* [29]. Decían que estos dos eran los dioses malignos más poderosos. Entre los dioses de Palaos las divinidades benignas apenas recibían ofrendas. Era por todos conocido que, aunque no fueran objeto de adoración, estos dioses no lanzarían ninguna maldición. Sin embargo los dioses malignos siempre recibían una cuidadosa devoción y copiosas ofrendas de alimentos, ya que el macareo, la tormenta y las epidemias provenían de la ira de estos dioses. Ahora bien, los dioses malignos como el cangrejo de los cocoteros y la lombriz, siendo los más poderosos, ¿habrían escuchado la plegaria de este hombre miserable? La noche siguiente este muchacho tuvo un extraño sueño.

En ese sueño el pobre criado se convertía inesperadamente en el rubak. Estaba sentado en el sitio destinado al cabeza de familia, el centro del edificio principal. La gente escuchaba atentamente sus palabras, como si temieran que pudiesen molestar a su señor. Tenía una esposa. Había también muchas criadas ocupadas en preparar su comida. Encima de la mesa que estaba delante de él habían servido una montaña de cochinillo, cangrejo hervido en rojo de manglar y huevos de tortuga verde. El hombre se asombró por esa situación tan inesperada. Aunque estuviera soñando dudó si se trataba de un sueño. No podía dejar de sentirse inquieto.

Al día siguiente, al despertarse por la mañana, se encontraba todavía acostado en un rinconcito de su trastero habitual con el techo roto y las columnas torcidas. Se quedó dormido sin despertarse con el canto de los pájaros mañaneros, por lo que otro de los sirvientes de la casa le propinó una paliza.

A la noche siguiente se transformó nuevamente en el rubak durante su sueño. Esta vez no se quedó tan perplejo como la noche anterior. Las

órdenes que dictaba a sus sirvientes sonaban más arrogantes que las del sueño de la noche anterior. En la mesa habían servido de nuevo deliciosos platos. Su esposa era una hermosa mujer de impecable robustez. Le gustaba mucho el frescor que emanaba la nueva estera tejida con liana de árbol de pulpo. Sin embargo, cuando llegó la mañana, se despertó de nuevo en su mugrienta cabaña. Se entregó a sus duras labores durante todo el día. Y recibió como sustento su ración habitual: colas de kukao y la espina del pescado.

Durante la tercera, cuarta y todas las noches sucesivas, el pobre sirviente se transformaba en el rubak. Poco a poco iba convirtiéndose en todo un rubak. Aunque se le presentaran lujosas viandas, ya no se lanzaba a devorarlas como había sucedido en los primeros sueños. Ya había tenido repetidas trifulcas con su esposa. Había pasado bastante tiempo desde que se había percatado de que podía mantener relaciones con otras mujeres aparte de su esposa. Ordenó construir un muelle para su barco, utilizando a la población de la isla con desdén. También era él quien oficiaba los ritos. Todos los habitantes se asombraban ante su magnificencia, como si fuese un héroe de la Antigüedad que avanzaba hacia los dioses guiado por un *colon* [30]. Entre sus sirvientes había uno que se asemejaba al primer rubak, su amo durante el día. Este hombre le temía tanto que casi le hacía gracia. Tanto le divertía que llegó a encargar los trabajos más duros al criado que se parecía al primer rubak. Le mandaba pescar y recolectar el néctar de palma. Una vez obligó a este sirviente a lanzarse desde su canoa al agua, donde nadaba un tiburón que se había cruzado con la trayectoria de su barco. Encontraba una enorme satisfacción en la manera en la que ese pobre criado se ponía nervioso, se sentía perdido y asustado.

Ni el tremendo trabajo del día a día ni el trato cruel que recibía le hacían soltar una sola queja. Ya no era necesario darse a sí mismo las resabidas palabras de resignación, ya que al pensar en el deleite de la noche el tormento diario no contaba en absoluto. A pesar de terminar

agotado tras sus labores, con una gran sonrisa se apresuraba a ir al dormitorio mugriento con sus columnas casi rotas para tener su delicioso sueño. Además este hombre había empezado a engordar notablemente. Sería quizás por los exquisitos platos que comía en sus sueños. Tenía un buen semblante y la tos seca había desaparecido. Rejuveneció completamente y su actitud era mucho más vivaracha.

Desde que este soltero miserable y feo empezara a tener tales sueños, su amo el rubak adinerado también empezó a tener sueños extraños. En ellos el venerable primer rubak se convertía en un sirviente miserable y pobre. Se encargaba de cualquier tipo de tarea, desde la pesca, la recogida del néctar de palma o la manufactura de las fibras de palma para fabricar cuerdas hasta la recolección del fruto de pan o la construcción de canoas. Tenía tantos trabajos que un ciempiés con innumerables manos apenas podría haberlos terminado. El amo que le mandaba estos recados era el hombre que actuaba durante el día como su sirviente de clase inferior. Además era tremendamente antipático y le pedía quehaceres imposibles uno tras otro. Un pulpo grande se le enredó en el cuerpo, un akim le pilló el pie y un tiburón se comió los dedos de su pie. Respecto a la comida sólo recibía colas de verdura de raíz y la parte espinosa del pescado. Todas las mañanas, cuando se despertaba encima de su lujosa estera en el centro de la casa principal, sentía todo su cuerpo agotado a causa del trabajo de la noche anterior y le dolían las articulaciones. Mientras tenía estos sueños iba perdiendo grasa y su barriga se deshinchó gradualmente. En realidad, cualquiera adelgazaría a base de colas de verdura de raíz y la parte espinosa del pescado. El rubak se iba debilitando miserablemente y empezaba a sufrir horribles accesos de tos seca mientras la luna crecía y menguaba tres veces.

Por fin el rubak iracundo llamó a su sirviente, ya que había decidido castigar todo lo posible al abominable hombre que le maltrataba en sus sueños.

Sin embargo el sirviente que se presentó ante sus ojos no era aquel

cobarde miserable; antes estaba delgado y decaído, no paraba de toser y se ponía nervioso mientras le temblaba todo el cuerpo. No se sabía desde cuándo, pero tenía muy buen aspecto, estaba más relleno y parecía lleno de energía. Además se comportaba plenamente seguro de sí mismo. A pesar de que su lenguaje era educado, su actitud no era sumisa ante las órdenes de su amo. Sólo con mirar su sonrisa serena el rubak se quedó abrumado por la superioridad de su sirviente. Incluso el terror que sentía en sus sueños contra su acosador revivió y se sintió amenazado. ¿Qué mundo era más real, el de los sueños o el de la vigilia? Esta era la duda que se le pasó por la cabeza. Era inconcebible que un hombre raquítico y decaído como él soltara una reprimenda entre toses a otra persona tan imponente.

El rubak le preguntó a su criado de forma cortés e inesperada cómo se había recuperado de esa manera. El criado le contó detalladamente sus sueños. Cómo se saciaba cada noche con deliciosos manjares. Cómo gozaba de la agradable comodidad y atención de sus sirvientes. Cómo saboreaba los placeres paradisíacos ofrecidos por tantas mujeres.

Tras haber escuchado la historia del sirviente quedó fuertemente sorprendido. ¿En qué se basaba aquella sorprendente coincidencia entre los sueños del sirviente y los suyos? ¿Tanto podían llegar a influir los alimentos del mundo de los sueños en el cuerpo del mundo de la vigilia? Ya no cabía ninguna duda de que el mundo de los sueños nocturnos era tan real como el del despertar diario, si no más. El rubak contó al criado cómo eran los sueños que tenía cada noche, tragándose su orgullo. Cómo le podía obligar a realizar un trabajo tan intenso cada noche. Cómo tenía que aguantar únicamente a base de colas de verdura de raíz y la parte espinosa del pescado.

Al oírlo el sirviente no se sorprendió en absoluto. Asentía con aire magnánimo mientras dibujaba una leve sonrisa que parecía indicar que aquella situación era natural para él, como si estuviera oyendo algo que ya sabía con anterioridad. Su cara brillaba fruto de una felicidad sublime,

como si fuera un *kanbokuu* [31] que duerme satisfecho dentro del barro de la playa durante la bajamar. Seguramente este hombre ya estaba convencido de que los sueños eran mucho más reales que el mundo de la vigilia. El desgraciado amo opulento miró rencorosamente el rostro de su sirviente pobre y sabio.

* * *

Éste es un antiguo cuento de la isla de Orwanganu, que ya ha desaparecido. De repente, un día de hace ochenta años, la isla de Orwanganu se hundió junto con todos sus habitantes. Desde entonces dicen que no se encuentra ni un solo hombre que sueñe con una felicidad como ésta en todo Palaos.

[19] Accesorios que imitan los dientes y colmillos de los animales. La mayoría son de jade o jaspe.

[20] Venerable anciano que solía actuar como alcalde o jefe de un poblado.

[21] Término genérico que engloba a los bivalvos de la familia *tridacna*.

[22] Campo de patatas.

[23] Árbol de gran tamaño de hoja perenne que se encuentra en la zona del trópico. Su altura llega hasta los diez metros y se utiliza para edificar y construir barcos. De su corteza se obtienen fibras, y su néctar se usa como pintura. Su fruto, rico en fécula, tiene un diámetro de veinte centímetros. Cuando se prepara al vapor su sabor se asemeja al del pan tostado.

[24] Tipo de tubérculo.

[25] Espacio destinado a las asambleas.

[26] Unidad de medida. Un shaku equivale aproximadamente a 30,3 centímetros.

[27] Una especie de árbol.

[28] Significa literalmente «árbol de pulpo». Árbol perenne de la familia pandanaceae que mide 5 o 6 metros. Tiene sus raíces fuera de la tierra y su aspecto se asemeja al de un pulpo. Su fruto tiene forma de piña. Con la fibra de su raíz puede construirse un tipo de cuerda y a partir de sus hojas se

fabrican cestas o sombreros.

[29] Término genérico para las plantas de la familia *arisaema*. Un tipo de *colocasia esculenta*, llamada comúnmente *taro*. Desde hace tiempo es uno de los alimentos principales de las islas del Pacífico.

[30] Sacerdote.

[31] Palabra con la que se conoce a las criaturas marinas alargadas y delgadas, como la anguila de mar, la morena o la hidra.

El hombre búfalo

En una ocasión, cuando era joven, Shusun Bao [32], del estado de Lu, se marchó al estado de Qí para huir de la guerra. Durante su travesía por la región de Gengzong, que marcaba la frontera norte de Lu, se encontró con una hermosa dama. Intimaron inmediatamente y compartieron aquella noche juntos. Al día siguiente, por la mañana, él entró en el territorio de Qí. Se instaló allí y se casó con la hija del gobernador, que dio a luz dos hijos, habiendo olvidado completamente el encuentro casual de aquella noche.

Una noche tuvo un sueño. El aire que le rodeaba parecía aplastarle. La sosegada estancia se inundó de una siniestra sensación. De repente el techo de la habitación comenzó a descender sin hacer ningún ruido. Bajaba poco a poco, muy lenta pero constantemente. A cada momento el aire de la habitación se hacía más denso, lo que dificultaba su respiración. Aunque intentaba zafarse, su cuerpo estaba tumbado boca arriba sobre la cama y era absolutamente imposible moverlo. Aunque no podía verse, no había duda que el cielo en su plena negrura era quien estaba empujando el techo con el peso de una roca inmensa. La bóveda empezó a rozarle finalmente y su insoportable peso le aplastó el pecho. En ese momento pudo ver a su lado a un hombre de pie. Era un jorobado cuya tez era tremendamente oscura. Tenía los ojos hundidos y la boca prominente como la de una bestia. Daba la impresión de parecerse a un búfalo negro. «¡Búfalo, ayúdame!». Pidió ayuda sin darse cuenta. El

hombre moreno extendió una mano y soportó el peso infinito que caía desde el techo. A continuación aquel hombre acarició ligeramente su pecho con la otra mano. Súbitamente la agobiante sensación de presión que tenía hasta entonces desapareció. Al soltar un suspiro de alivio, «¡gracias al Cielo!», se despertó.

Al día siguiente, por la mañana, se encontraba junto a sus sirvientes y criados, pero no había rastro de nadie parecido al hombre búfalo. Después miró disimuladamente al gentío que iba y venía por la capital de Qí, pero no se cruzó con nadie que tuviera un semblante similar al de aquel hombre.

Un par de años después sucedieron una serie de cambios en el gabinete de su país y Shusun Bao volvió enseguida a Lu, dejando a su familia en Qí. Más tarde, cuando fue ascendido para servir como noble en la corte de la dinastía Lu, llamó a su esposa y a sus hijos por primera vez desde que los dejó atrás en Qí. Sin embargo la mujer ya había sido cortejada por un noble de Qí y no quiso ir a ver a su marido. Al final sólo sus dos hijos, Mengbing y Zhongren, acudieron a la llamada de su padre.

Un día por la mañana Shusun Bao recibió la visita de una mujer que trajo un faisán como regalo. Al principio no se acordaba de ella, pero mientras conversaban la reconoció inmediatamente. Era la mujer con la que había tenido aquel encuentro por la zona de Gengzong durante la huida a Qí hacía unos quince años. Le preguntó a la mujer si había venido sola y le respondió que estaba acompañada por su hijo. Además afirmaba que el hijo era de Shusun, fruto de aquella noche. De todos modos mandó llamar a este hijo. Cuando Shusun le vio se le escapó un grito de sorpresa. El mozo era un jorobado con la piel oscura y los ojos hundidos. Se parecía muchísimo al hombre búfalo de tez negra que le había ayudado en el sueño. A Shusun Bao se le escapó una palabra de sus labios: «¡Búfalo!». Y el chico moreno se agitó sorprendido. Shusun Bao se asombró aún más por ello y le preguntó al chico cómo se llamaba. El chico contestó: «Me llamo Búfalo».

Enseguida acogieron a la madre y al hijo, y el chico pasó a formar parte de los pajes de la corte. Así que lo llamaron «el paje búfalo», incluso cuando ya hubo crecido. A pesar de que su aspecto físico era el de un joven inteligente y provechoso, siempre tenía un semblante sombrío y no quería jugar con el resto de los chicos. No sonreía a nadie salvo a su amo. Shusun le mimaba mucho y el chico llegó a encargarse de todos los recados de la familia Shusun.

Su rostro oscuro de ojos hundidos y boca prominente sonreía muy ocasionalmente, algo que le daba un aspecto gracioso y lleno de simpatía. Daba la impresión de que una persona con una cara tan jocosa sería incapaz de urdir trama alguna. Ése era el rostro que mostraba a sus superiores. La expresión malhumorada que su semblante reflejaba cuando se sumergía en sus meditaciones dejaba ver una crueldad extrañamente inhumana. Esta expresión asustaba a sus compañeros. Parecía que era inconscientemente capaz de dominar estas dos caras con naturalidad.

Aunque Shusun Bao tenía infinita confianza en este hombre, no tenía intención de nombrarle su sucesor. Era indiscutiblemente competente como secretario o mayordomo, pero para convertirse en la cabeza del ilustre clan del estado de Lu carecía de cualquier tipo de elegancia. No cabía duda de que el paje búfalo lo sabía. Su comportamiento con los hijos de Shusun era excelente, especialmente con aquellos dos que habían venido desde el estado de Qí, Mengbing y Zhongren. Estos dos hijos únicamente sentían una leve inquietud y mucho desprecio hacia él. Por mucha confianza que pusiera su padre en este muchacho no sentían ningún tipo de envidia, ya que quizá estaban muy seguros de la diferencia de carácter que les separaba.

Desde que había muerto el duque de Xiang, del estado de Lu, y el joven Zhao le había sucedido, la salud de Shusun empezó a debilitarse. A su regreso de Qiuyou, donde había participado en una cacería, sintió escalofríos y se quedó en cama. Ahí notó como lentamente sus pies y sus

lumbares dejaron de responderle. El paje búfalo llegó a encargarse de todos los cuidados, desde su atención durante la enfermedad hasta la transmisión de órdenes desde su lecho. No obstante su comportamiento hacia Mengbing y los otros hijos era aún más humilde.

Antes de que se hubiera puesto enfermo, Shusun decidió ordenar la fundición de una campana en honor a su primogénito, Mengbing. Entonces le dijo:

—Cuando la campana esté terminada será conveniente que invites a varios nobles para celebrar la inauguración, ya que aún no tienes trato con los miembros del Estado. —Se lo comentó totalmente convencido de que Mengbing iba a ser su heredero. Después del inicio de la enfermedad la campana finalmente se terminó. Mengbing pidió al paje búfalo que le preguntara a su padre por la disponibilidad de la fecha de la celebración que habían acordado. A no ser que se tratara de un asunto especial, nadie podía entrar en la habitación salvo el paje búfalo. A petición de Mengbing el paje búfalo entró en la habitación, pero no se lo transmitió a Shusun. Salió inmediatamente y se acercó a Mengbing. Le indicó una fecha disparatada como si la hubiera transmitido el señor. El día indicado, Mengbing convidó afectuosamente a los invitados de honor y tocó por primera vez la nueva campana. Shusun, que había escuchado el sonido, preguntó de qué se trataba aquello. El paje búfalo contestó que se había organizado la celebración de la inauguración de la campana en casa de Mengbing y que había acudido una multitud de invitados.

—¿No se avergüenza de su comportamiento tan egoísta al creerse ya heredero sin haber conseguido mi permiso? —dijo el enfermo mientras parecía cambiar de color.

—Además parece que han venido como invitados los familiares de la madre de Mengbing, del estado de Qí —añadió el paje búfalo. Éste sabía muy bien que Shusun se ponía de mal humor siempre que alguien nombraba a su exesposa, ya que le había sido infiel. El enfermo intentó levantarse, pero acabó en los brazos del paje búfalo. Éste advirtió al

enfermo de que esa actitud le haría empeorar.

—Habrás pensado que voy a morir irremediablemente de esta enfermedad, por eso estás empezando a hacer este tipo de bobadas arbitrarias —dijo rechinando los dientes. Y así ordenó al cortesano búfalo—: No importa. Traedlo y encarceladlo. Si se resiste, dadle muerte.

La fiesta terminó y el joven heredero del clan Shusun se despidió amablemente de sus invitados. Pero a la mañana siguiente se le encontró muerto entre las matas de la parte trasera de sus aposentos.

Zhongren, el hermano menor de Mengbing, tenía muy buen trato con un sirviente cercano al duque Zhao. Un día Zhongren visitó a su amigo en el palacio y allí llamó casualmente la atención del duque Zhao. Mientras contestaba a sus preguntas parecía que Zhongren se ganó el favor de su excelencia. Zhao le obsequió en persona con un cinturón engarzado en joyas. Zhongren era un muchacho apacible y procuró contarle este honorífico encuentro a su padre enfermo y enseñarle el cinturón a través del paje búfalo, pensando que no debería llevarlo puesto sin habérselo comentado antes a su progenitor. El paje búfalo recibió el cinturón y entró en la habitación, pero no se lo enseñó a Shusun. Ni siquiera le avisó de que Zhongren había venido a visitarle. Y así salió nuevamente.

—Su padre está muy contento y le da su permiso para ponérselo inmediatamente —dijo el paje búfalo. Y allí mismo Zhongren se lo puso por primera vez. Un par de días después el búfalo sugirió a Shusun:

—Ya que ha fallecido Mengbing, es seguro que Zhongren va a ser su heredero. ¿Por qué no organizar ya una visita oficial a su excelencia el señor Zhao?

—Aún no es necesario, ya que no lo he decidido —dijo Shusun.

—Pero —respondió el búfalo—, aparte de la voluntad de su padre, su hijo está convencido de que va ser así y ya se ha reunido personalmente con su excelencia.

—¡No puede ser! —dijo Shusun.

—No obstante, es cierto que últimamente Zhongren porta un cinturón

que había recibido de manos de su excelencia —afirmó el búfalo. Enseguida Zhongren fue llamado y en efecto se presentó con el cinturón engarzado puesto. Dijo que se lo había regalado el señor Zhao. El padre se enojó, levantando su cuerpo casi inmóvil encima de la cama. Sin aceptar ninguna palabra de excusa de su hijo, el padre le ordenó que se marchara de inmediato y se recluyera en su domicilio.

Aquella misma noche Zhongren huyó en secreto al estado de Qí.

La enfermedad iba empeorando progresivamente. Cuando el tema de la sucesión pasó a ser una prioridad, Shusun Bao pensó en llamar finalmente a Zhongren. Y así se lo ordenó al paje búfalo. Salió de la habitación habiendo recibido la orden, pero no mandó a nadie para que convocara a Zhongren, que aún se encontraba en el estado de Qí. Informó a Shusun de que, a pesar de que había mandado inmediatamente mensajeros a buscar a Zhongren, habían recibido por respuesta que nunca jamás volvería a ver a su desalmado padre. Finalmente Shusun comenzó a dudar de su sirviente más cercano.

—¿Son verdaderamente ciertas tus palabras? —preguntó Shusun severamente al paje búfalo.

—¿Cómo podría yo decir tales falsedades? —contestó. En ese momento el enfermo vio torcerse ligeramente la comisura de los labios del paje búfalo, como si se estuviera burlando de él. Era la primera vez que sucedía algo así desde que esa persona había llegado a su casa. El enfermo intentó levantarse enfadado, pero no le quedaban fuerzas. Se cayó en el acto. Una cara oscura, similar a la de un búfalo, miraba fríamente la situación desde arriba, ya con un descarado desdén. Era la expresión de crueldad que sólo mostraba a sus compañeros y subordinados. Aunque quisiera llamar a los demás miembros de su casa u otros sirvientes, todo el mundo había aceptado la costumbre de que nadie podía comunicarse con él si no era a través de esta persona. Esa noche el noble enfermo lloró arrepentido pensando en su hijo Mengbing, al que había ordenado asesinar.

Al día siguiente comenzaron una serie de actos despiadados. Los sirvientes tenían por costumbre llevar la comida desde la cocina hasta la habitación contigua al dormitorio, donde el paje búfalo la recogía y la llevaba hasta la cama del enfermo, ya que el señor no quería ningún trato con el resto de los siervos. Pero ahora el paje dejó de llevarle la comida al enfermo. Se tomaba todas sus raciones y sacaba los restos para que los recogieran. Así el resto de los sirvientes pensaban que Shusun había comido. Aunque el enfermo le rogara que le diera algo de comer, el hombre búfalo callaba y sólo se dedicaba a soltarle una risa sarcástica. Ni siquiera le respondía. Por mucho que quisiera pedir ayuda, Shusun no tenía ningún medio para hacerlo.

Un día Du Xie, el administrador de la familia, se presentó en la casa. Fue una visita casual. El enfermo se quejó del trato que recibía por parte del paje búfalo, pero no le hizo ningún caso, pensando que se trataba de una broma, ya que Du Xie estaba enterado de que Shusun confiaba plenamente en el búfalo. Shusun seguía lamentándose seriamente sobre su situación. Du Xie comenzaba a dudar si su señor había enloquecido a causa de la fiebre. El paje le guiñó un ojo y mostró su preocupación por la inestabilidad mental de su señor. Al final el enfermo señaló con su escuálida mano la espada que yacía a su lado y, llorando por la ira, gritó:

—¡Mata a este hombre con esta espada! ¡Mátalo ahora mismo!

Cuando Shusun se dio cuenta de que su actitud sólo iba a ser interpretada como delirios de un demente, rompió a llorar a gritos mientras su decadente cuerpo no hacía más que temblar. Du Xie miró al búfalo y salió de la habitación en silencio, frunciendo el ceño. Cuando el administrador se hubo marchado, apareció por primera vez una misteriosa sonrisa en el rostro del hombre búfalo.

Después de haber llorado por el hambre y el cansancio, el enfermo se adormiló sin apenas darse cuenta y tuvo un sueño. No, no se quedó dormido. Quizá fue una ilusión. El aire de la habitación que le rodeaba parecía aplastarle y le inundaba un presentimiento siniestro. Sólo se veía

una luz que ardía sin hacer ningún ruido. Era una luz tremendamente blanca pero sin brillo. A medida que la miraba la sintió muy distante, como a diez o veinte *ri* [33]. El techo que estaba justo encima de su cama comenzó a bajar del mismo modo que en aquel sueño que tuvo hacía años. La presión aumentaba a medida que descendía, lenta pero irremediabilmente. Por mucho que intentara huir no podía mover ni un pie. Cuando miró a un lado vio al hombre búfalo. Aunque le pidió ayuda, esta vez no extendió su mano. Sonrió irónicamente mientras miraba de pie en silencio. Cuando Shusun repitió su desesperada súplica, el semblante del búfalo cambió súbitamente, se tensó enfadado y miró hacia abajo sin mover ni una ceja. Cuando dio un último grito por el peso de la negrura que le cubría encima del pecho se recobró...

Parecía que se había hecho de noche. Había una luz blanca encendida en el rincón de la habitación en penumbra. Lo que había visto en el sueño era probablemente esa luz. Al mirar hacia arriba vio la cara del paje búfalo, muy similar a la del sueño, que le estaba mirando lleno de crueldad inhumana. Esa cara ya no era la de una persona, sino que parecía un objeto enraizado en un caos negro y primitivo. Shusun sintió un escalofrío que le caló hasta la médula. No se trataba del temor hacia el hombre que intentaba matarle. Era un humilde terror hacia el mal más estricto del mundo. La furia que sentía hasta hacía unos momentos se resquebrajó ante este funesto pánico. Súbitamente perdió el aliento para resistirse a ese hombre.

Tres días después, el ilustre noble de Lu, Shusun Bao, falleció por inanición.

[32] Shusun se refiere a su apellido. Era un noble del estado de Lu durante el periodo de las Primaveras y los Otoños. El clan Shusun llevaba las riendas del estado de Lu como uno de los Tres Huan. Esta historia se encuentra también en *Han Feizi*. Sin embargo, esta versión está basada en el relato del cuarto año del duque de Zhao, *Zuo Zuhan* (*La crónica de Zuo*).

[33] Unidad de longitud. Un *ri* mide 3,927 kilómetros.

El maestro

Un hombre llamado Ji Chang que vivía en Hantan, capital del estado de Zhao, se propuso llevar a cabo un ambicioso proyecto: ser el mejor, y único, maestro de arco del mundo. Al buscar a una persona de confianza para que fuera su maestro, no había nadie que pudiera rivalizar con Fei Wei, el hombre más diestro en el manejo del arco y la flecha de su época. Su pericia era tal, decían, que podía acertar cien disparos sin fallar cuando apuntaba sus flechas a las hojas de un sauce a una distancia de cien pasos. Ji Chang hizo un largo viaje para visitar a Fei Wei y se convirtió en su discípulo.

Lo primero que ordenó Fei Wei a su nuevo discípulo fue aprender a no parpadear. Ji Chang regresó a su casa, se metió bajo el telar de su esposa y se tumbó boca arriba. Trataba así de mirar fijamente, sin parpadear, los pedales que subían y bajaban continuamente sobre sus ojos. Su esposa, que no entendía aquello, se sorprendió. Le molestaba que su propio marido la acechara en una postura tan extraña y desde un ángulo tan inusual. Ante sus repetidas quejas, Ji Chang se enfadó con ella y la obligó a seguir tejiendo. Día tras día repetía este entrenamiento sin parpadear mientras mantenía su peculiar postura. Dos años después dejó de parpadear, aunque los pedales que iban y venían rozaran sus pestañas. Ji Chang salió finalmente de debajo del telar. Ya no parpadeaba ni cuando le pinchaban en los párpados con la punta de una aguja. No parpadeaba aunque le entraran chispas repentinamente en los ojos o se abalanzara

contra él una nube de cenizas. Sus párpados se habían olvidado de cómo se empleaba el músculo que permitía cerrarlos. Incluso durante la noche, cuando estaba profundamente dormido, sus ojos permanecían completamente abiertos. Un día una pequeña araña llegó a tejer una red entre sus pestañas, lo que permitió a Ji Chang ganar mucha confianza en sí mismo. Fue a comentárselo a su maestro Fei Wei.

Al escucharlo, Fei Wei dijo:

—Aún te queda mucho camino por delante. Controlar tus parpadeos no te garantiza un disparo certero. Tu siguiente paso será aprender a mirar. Avísame cuando hayas dominado el arte de mirar; cuando veas lo pequeño como si fuera grande y lo delicado como si fuera nítido.

Ji Chang regresó a su hogar, encontró un piojo entre las puntadas de su ropa interior y lo ató a uno de sus cabellos. Lo colgó en una ventana orientada al sur y decidió dedicarse a mirarlo durante todo el día. Todos los días miraba al piojo colgado de la ventana. Al principio no era más que un piojo. Un par de días después todavía seguía siendo un piojo. Sin embargo, cuando pasaron diez días, daba la impresión de que el piojo era un poco más grande. A finales del tercer mes su tamaño parecía el de un gusano de seda. El paisaje tras la ventana de la que colgaba el piojo iba mutando poco a poco. El tenue sol de primavera se tornó en intensa luz de verano. Los gansos atravesaron el cielo alto y claro del otoño. Y ya caía el aguanieve desde el cielo gris de invierno. Ji Chang seguía mirando la probóscide del pequeño artrópodo urticoso diligentemente. Tres años pasaron y tuvo que cambiar el piojo varias decenas de veces. Un día se dio cuenta de que veía al piojo colgado de su ventana como si tuviera el tamaño de un caballo.

—¡Excelente! —dijo Ji Chang dándose un golpe en la rodilla [\[34\]](#) y salió de su casa. No daba crédito a lo que veían sus ojos. Las personas parecían elevadas torres. Los caballos eran como montañas. Veía a los cerdos como colinas y los gallos tenían el aspecto de grandes castillos. Ji Chang se puso eufórico, como un gorrión danzarín que salta de gozo, y volvió a

su casa corriendo. Se enfrentó de nuevo al piojo de la ventana. Preparó una sólida flecha de artemisa tallada en un país del norte y la tensó sobre un arco fabricado a partir de los cuernos de una bestia del estado de Yan. Y la disparó al piojo. La flecha atravesó de forma certera el corazón del piojo. Ni siquiera cortó el pelo del que pendía el piojo.

Ji Chang fue a ver inmediatamente a su maestro y le informó de sus progresos. Fei Wei pisó el suelo y se golpeó el pecho con la mano como señal de alegría.

—¡Bravo! —dijo felicitando por primera vez a su discípulo. Y comenzó a transmitirle los principios ocultos del arte del arco y la flecha.

El progreso de la técnica de Ji Chang fue extraordinariamente rápido, ya que había dedicado cinco años a entrenar sus ojos.

Diez días después de que hubiera comenzado su instrucción en los principios secretos, Ji Chang probó a disparar a unas hojas de sauce situadas a una distancia de cien pasos. Logró acertar cien disparos sin fallar. Veinte días después disparó con un arco rígido mientras sostenía un vaso lleno de agua sobre su codo derecho. Efectivamente no erró el tiro y además no movió en absoluto el agua que estaba dentro del vaso. Un mes después probó cien disparos a alta velocidad. La primera flecha dio en el blanco. Y la segunda salió volando y se clavó en el *nock* [35] de la primera flecha sin desviarse un milímetro. A continuación la punta de la tercera flecha perforó violentamente el *nock* de la segunda. A medida que disparaba las flechas, iban clavándose una tras otra en el *nock* de la flecha anterior. La punta de la flecha proyectada hacía perfecta diana en el *nock* de la flecha precedente. Por consiguiente ni una sola flecha cayó al suelo. En un abrir y cerrar de ojos cien flechas se unieron como si fueran una sola. El *nock* de la última flecha disparada seguía una perfecta línea recta desde la diana, de modo que parecía que estuviera emparejada con el arco.

—¡Magnífico! —se le escapó al maestro Fei Wei que estaba mirando a su lado.

Dos meses después Ji Chang volvió a su casa. Casualmente discutió con su esposa y decidió asustarla. Puso una flecha de Qiwei [36] en su arco de ave [37], apuntó cuidadosamente y tiró hacia su esposa. La flecha se llevó por delante tres pestañas de los párpados de su esposa y se perdió en la lejanía, pero la interesada no se dio cuenta y siguió insultando a su marido. Efectivamente, la velocidad de sus flechas y la precisión de su puntería habían llegado hasta ese nivel.

Un día a Ji Chang, quien ya no tenía nada que aprender de su maestro, tuvo una cruel idea.

Tras meditarlo en soledad repetidas veces, llegó a la conclusión de que en ese momento, a excepción de su maestro Fei Wei, no había nadie con quien se pudiera comparar en el manejo del arco. Había que eliminar a Fei Wei a toda costa para poder convertirse en el mejor y único maestro de arco de todo el mundo. Mientras esperaba en secreto esa ocasión, un día se encontró con Fei Wei, que andaba solo por el campo. En un instante Ji Chang tomó la decisión, cogió una flecha y apuntó a Fei Wei, quien respondió tensando su arco tras haber detectado la situación. Cada vez que disparaban sus flechas, sus puntas acertaban entre sí y caían juntas al suelo. Las flechas caídas no levantaban ni una mota de polvo, ya que posiblemente la técnica de ambos había alcanzado un nivel de maestría divino. Cuando se le terminaron las flechas a Fei Wei, a Ji Chang todavía le quedaba una flecha de sobra. Disparó vigorosamente su última flecha, convencido de que iba a conseguir su objetivo. Sin embargo Fei Wei rompió instantáneamente la rama de unas matas silvestres que estaban a su lado y golpeó la punta de la flecha con el borde de una espina de una rama, haciendo caer la flecha al suelo. De repente Ji Chang sintió en lo más profundo de su ser que estaba más allá de sus límites conseguir su objetivo. Emergió en él una sensación moral de deshonor que no habría sentido si hubiera alcanzado su propósito. Respecto a Fei Wei, la tranquilidad surgida tras haber escapado del peligro y la satisfacción que le brindó comprobar sus propias habilidades le hicieron

olvidar completamente el odio hacia su enemigo. Los dos se acercaron corriendo y se abrazaron en medio del campo. Durante un rato se dedicaron a sollozar enternecidos por el incomparable amor entre maestro y discípulo (no es adecuado ver este asunto desde el punto de vista de la moral de hoy en día. Cuando el duque Huan del estado de Qí, un notorio gourmet, pidió que le sirvieran un sabor único que no hubiera probado hasta entonces, el jefe de cocina Yi Ya asó a su propio hijo en el horno y se lo ofreció. Cuando murió el emperador del reino de Qin, su hijo de 16 años de edad, Qin Shi Huan, violó a las concubinas preferidas de su padre tres veces en una misma noche. Así eran las historias de esa época).

Mientras permanecían abrazados llorando, Fei Wei creyó que era demasiado peligroso que su discípulo urdiera de nuevo una estratagema como ésta y pensó que lo mejor sería redirigir su ánimo dándole un nuevo objetivo.

—Ya te he transmitido todo lo que debía haberte transmitido. Si quieres seguir avanzando por el Camino del arco ve hacia el oeste, cruza los montes escarpados de Da Xing y alcanza la cima del monte Huo. Allí se encuentra un ilustre maestro sin parangón en el Camino del arco llamado Gan Ying. En comparación con su virtuoso arte, nuestra técnica casi parece un juego de niños. No existe otra persona a quien debas aceptar como tu mentor salvo el maestro Gan Ying —dijo a su peligroso discípulo.

Ji Chang marchó raudo hacia el oeste. «Comparada con la de esa persona, nuestra técnica parece un juego de niños». Su orgullo no podía soportar las palabras de su maestro. Si eso fuera cierto, aún le faltaba mucho tiempo para completar el propósito de convertirse en el mejor arquero del mundo. ¿Sería su propio arte semejante a un juego de niños? Caminó a toda prisa, anhelando impacientemente ver a esa persona y competir con su habilidad. Se le rompieron las plantas de los pies y se lesionó las piernas. Escaló peligrosas rocas y atravesó los puentes de las

montañas. Un mes después alcanzó finalmente la cima del monte.

La persona que recibió a Ji Chang, que estaba extremadamente entusiasmado, era un vetusto anciano con los ojos tiernos como los de una oveja. Tendría más de cien años. Andaba arrastrando su barba canosa, ya que caminaba encorvado.

Ji Chang le informó precipitadamente sobre el propósito de su visita alzando la voz, pensando que quizás este anciano era sordo, y le comentó que quería que juzgara a qué nivel estaba su técnica. Muy nervioso, sin esperar la respuesta del interlocutor, sacó súbitamente el robusto arco de tronco de sauce con cuerda de cáñamo que llevaba a la espalda y lo agarró. Puso una flecha de piedra monumental [38] y apuntó a una bandada de aves migratorias que pasaban volando a lo alto en ese momento. Una flecha voló correspondiendo al ruido del arco. Cinco grandes aves cayeron en el acto con presteza, cruzando el cielo azul.

—Parece que tienes conocimientos generales. Pero eso es meramente un disparo por un disparo. Muchacho, tú aún no sabes el disparo por el no disparo —dijo el viejo sonriendo tranquilamente.

El viejo ermitaño llevó al enfadado Ji Chang hasta un precipicio que estaba a unos doscientos pasos de allí. Bajo sus pies se encontraban escarpados valles tan profundos como un gigantesco biombo. Estaba tan alto que sólo asomarse para ver el torrente que pasaba justo por debajo, que parecía tan estrecho como un hilo, podía dar sensación de vértigo. El anciano subió ágilmente a una inestable roca que estaba colgada casi en el aire de ese precipicio.

—Vamos a ver, ¿me podría mostrar de nuevo la técnica que empleó hace un rato encima de esa roca? —dijo a Ji Chang, volviendo la cabeza. Ya no se podía echar atrás. Cuando Ji Chang pisó la roca al salir de allí el anciano, el pedrusco se movió sutilmente. Procuró poner una flecha en el arco, tratando de animarse forzosamente. Entonces una piedra cayó desde el borde del barranco. Cuando sus ojos siguieron la trayectoria de la piedra, Ji Chang se agachó involuntariamente. Sus piernas comenzaron

a temblar y el sudor le chorreó hasta los talones. El viejo bajó a Ji Chang de la roca, extendió una mano mientras reía y se subió él mismo a la roca.

—Bueno, te voy a mostrar un disparo —dijo.

—Pero ¿dónde está su arco? ¿Y el arco? —comentó Ji Chang inmediatamente. A pesar de tener el rostro pálido y el pulso acelerado, se dio cuenta de que el viejo no tenía nada en sus manos.

—¿El arco? —se rió—. En el disparo por disparo necesitas una flecha y un arco. En el disparo por no disparo no necesitas ni un arco de laca negra [39] ni la flecha de Shukushin [40].

Justo encima de ellos, a lo alto, un milano estaba trazando círculos lentamente. Gan Ying miró durante un rato la minúscula figura, que parecía un grano de sésamo. Al final puso una flecha invisible en un arco etéreo. Y apuntó como si fuera la luna llena y disparó.

—¡Mira! —El milano cayó sin aletear desde el cielo como si fuera una piedra.

Ji Chang se quedó atónito. Sintió que por fin había podido atisbar la profundidad del Camino del arte del arco.

Ji Chang se quedó con este anciano maestro durante nueve años. Nadie sabía a qué clase de entrenamiento se entregó durante todo ese tiempo.

Cuando Ji Chang bajó de la montaña después de nueve años, la gente se asombró por el cambio que había sufrido su semblante. El rostro vigoroso y aventurero que solía tener se escondió en algún recóndito lugar y pasó a tener el aspecto de un imbécil, como si fuese una muñeca de madera [41]. Sin embargo, cuando visitó a su antiguo maestro tras muchos años sin verle, Fei Wei dio un grito de admiración al ver su rostro.

—¡Ya eres el supremo experto de este mundo! ¡Las personas comunes y corrientes como nosotros nunca llegaremos ni a la altura de tus pies!

La capital, Hantan, recibió el regreso de Ji Chang tras haberse convertido así en el mejor arquero del mundo y vibró con la esperanza

de que pronto les mostraría su maravillosa técnica.

Sin embargo Ji Chang nunca quiso corresponder a sus deseos. Sus manos ni siquiera llegaron a coger un arco. Aquel arco robusto de tronco de sauce con cuerda de cáñamo que llevaba consigo cuando subió a la montaña parecía haberlo tirado en algún sitio. Alguien le preguntó por qué.

—El extremo de un acto es conseguir ese mismo resultado sin actuar. El extremo de una palabra es no pronunciarla. Del mismo modo el extremo del arte del tiro es no tirar

—contestó Ji Chang con languidez.

—Ya veo —entendió al instante aquel sensato señor de Hantan, la capital. El virtuoso arquero que no tocaba su arco se transformó en el orgullo del pueblo. Cuanto menos tocaba Ji Chang su arco, más se difundía el rumor de su invencibilidad.

Diversas habladurías pasaban de boca en boca entre la gente. Todas las noches, a partir del tercer *koo* [42], se oía el ruido de la cuerda de un arco sobre la azotea de la casa de Ji Chang sin que nadie supiera quién lo producía. Decían que el espíritu del tiro que el maestro tenía en su interior se escapaba mientras su dueño dormía y se dedicaba durante la noche a combatir a los demonios. Un comerciante que vivía cerca de su casa afirmaba que una noche Ji Chang sostuvo excepcionalmente el arco entre sus manos mientras se encontraba suspendido sobre una nube. Competía contra los dos antiguos maestros, Yi [43] y Yang Yui [44] sobre el cielo que cubría la ciudad por la supremacía del arte del arco. Dijo que las flechas disparadas por esos tres maestros desaparecieron entre Sanshuku [45] y Sirio, arrastrando una estela de color azul y blanco. Un ladrón confesó que intentó entrar a escondidas en la casa de Ji Chang. Nada más poner un pie sobre la tapia, una extrema tensión liberada desde el interior de la vivienda, que estaba sumida en un profundo silencio, le golpeó directamente en la frente y cayó al suelo. Desde entonces aquellos que concebían ideas perversas daban un rodeo,

evitando las cuatro direcciones en un radio de diez *choo* [46]. Y las aves migratorias con algo de sensatez dejaron de pasar por encima de su vivienda.

Entre todas las leyendas que se condensaban como las nubes, se decía que Ji Chang envejecía poco a poco. Parecía que su corazón se había apartado del tiro desde hacía ya tiempo y entraba en el estado de tranquilidad que otorga perder todo apego, alejado de lo mundano. Aquel rostro, como el de una muñeca de madera, perdió aún más su expresión. Casi dejó de hablar. Al final la gente llegó a dudar si respiraba. Esta fue su reflexión durante sus últimos años: «Ya no distingo entre los demás y yo mismo. Ni siquiera diferencio entre el bien y el mal. Me parece que los ojos son como las orejas, las orejas como la nariz y la nariz como la boca».

Cuarenta años después de que se separara del maestro Gan Ying, se marchó de este mundo tan tranquilamente como si fuera humo. Durante estos cuarenta años nunca comentó absolutamente nada sobre el tiro. No habló sobre nada relacionado con ello, así que era obvio que no desarrollaba ninguna actividad relacionada con el arco y la flecha. No hay duda de que a mí, como narrador, me habría gustado aclarar con sumo gusto la razón por la que era un auténtico maestro, obligando a ese anciano a mostrar de una vez su suprema pericia. Por otro lado es absolutamente imposible descifrar qué hay de verdad en los escritos antiguos. En realidad sólo se dice que el viejo influyó en el pueblo sin hacer nada. No queda ninguna otra historia salvo esta peculiaridad que cuento a continuación.

Parece que este suceso ocurrió un año o dos años antes de su muerte. Un día, cuando el viejo Ji Chang visitó a un conocido suyo tras haber sido invitado, vio cierta herramienta en aquella casa. Era cierto que era una herramienta que le sonaba, pero no podía recordar su nombre ni cuál era su utilidad.

—¿Cómo se llama ese objeto? Y ¿para qué sirve? —preguntó el anciano

al dueño de la casa. El dueño pensó que el invitado estaba bromeando, así que le sonrió con cara de tonto. El viejo Ji Chang volvió a formular su pregunta seriamente. Aun así, el dueño parecía confuso mientras sonreía indecisamente sin poder entender el propósito de su invitado. Cuando Ji Chang repitió por tercera vez la misma pregunta con un gesto severo, el dueño de la casa se quedó pasmado por primera vez. Miró fijamente los ojos de su invitado. Su interlocutor no estaba loco ni bromeando. Tampoco le había entendido mal. Al confirmar todo esto el dueño se quedó atónito, casi horrorizado.

—¡Mi señor! ¿Usted, que es el mejor maestro de tiro del mundo, se ha olvidado del arco? ¡No recuerda ni el nombre ni el uso del arco! —gritó tartamudeando.

Se decía que tras este incidente, durante algún tiempo en la capital, Hantan, los calígrafos escondieron sus pinceles, los músicos cortaron las cuerdas del se [47] y a los artesanos les daba vergüenza hacer uso de la regla.

[34] Expresión que se usa cuando a alguien se le ocurre una buena idea o se queda impresionado por algo.

[35] El extremo de la flecha que entra en contacto con la cuerda del arco, también llamado culatín o coca.

[36] Tanto Qi como Wei eran lugares donde crecía un tipo de bambú adecuado para fabricar buenas flechas.

[37] Un excelente tipo de arco. En la Antigua China, mientras el emperador Amarillo ascendía al cielo a lomos de un dragón, el arco cayó a la tierra. Hay otra versión que afirma que este arco estaba fabricado a partir de un arbusto de morera silvestre, cuyas ramas son tan flexibles que se decía que las aves no podían alzar el vuelo si se posaban sobre ellas.

[38] La piedra monumental es una piedra redonda. Hace referencia a un magnífico tipo de flecha capaz de atravesar incluso este tipo de piedra. Dicen que el rey del estado Yue la utilizaba en el campo de batalla.

[39] Era un tipo de arco de gran calidad caracterizado por estar recubierto de un tipo de laca oscura.

[40] Shukushin era una tribu asentada en el norte durante la Época Antigua. Esa flecha era un objeto fantástico que se entregaba como tributo al rey de la dinastía Zhou.

[41] Expresión despectiva.

[42] Periodo que abarcaba aproximadamente de las once de la noche hasta la una de la madrugada.

[43] Fue un maestro del arco durante el periodo del emperador Yao. En esa época diez soles se turnaban el amanecer y el ocaso. Pero en una ocasión se alzaron los diez al mismo tiempo. Para acabar con el sufrimiento de su pueblo este maestro derribó con sus flechas nueve de los diez soles.

[44] Maestro del arco del estado Chu durante el periodo de las Primaveras y Otoños. Se decía que podía acertar a las hojas de un sauce a una distancia de cien pasos.

[45] Es nombre de una constelación. Está formada por tres estrellas al sur de Orión y otras tantas colindantes.

[46] Es una unidad de distancia. Aproximadamente, ciento nueve metros.

[47] Un instrumento de cuerda de la Antigua China. Tiene entre veintitrés y veinticinco cuerdas. Se toca colocándolo sobre las rodillas.

Una historia funesta

Era una mujer discreta que hablaba poco. De indudable hermosura, su belleza era estática como la de una muñeca de madera y a veces casi parecía estúpida. Daba la impresión de sorprenderse de diversos incidentes que sucedían a su alrededor, pero que había ocasionado ella misma. También parecía que no se daba cuenta de que ella era la causa de aquellos incidentes. Quizás se daba cuenta, pero fingía no enterarse de nada. Y aunque se diera cuenta no se sabía si se sentía orgullosa de ello, si le molestaba o si se burlaba de los hombres necios. No obstante no se percibía en ella esa clase de orgullo en absoluto.

De vez en cuando un ardiente brillo inesperado se deslizaba a través de su rostro, hierático como el de un objeto artificial. Los lóbulos de sus orejas se enrojecían como rubíes y sus pupilas de negro azabache brillaban con un encanto misterioso, como si una luz ardiera súbitamente dentro de una fría torre de piedra blanca como la nieve. Mientras aquella luz estaba encendida en su interior, esa persona dejaba de ser una mujer ordinaria de este mundo. Parecía que los pocos hombres que la habían visto en ese estado se perdían en una suerte de extraordinaria necesidad.

Xia Ji, esposa de un noble del estado de Chen llamado Yushu, era hija del duque Mu [\[48\]](#), del estado de Zheng. Su padre murió durante el primer año del reinado de Ding, de Zhou. Su hermano mayor y sucesor, Shibao, falleció en extrañas circunstancias al año siguiente. La relación

entre Xia Ji y el duque Ling de Chen comenzó por aquella época, siendo bastante duradera. Esto no se debió a la imposición de un monarca lascivo. Cosas como ésta le sucedían a Xia Ji de manera natural, como el agua que desciende sobre su curso. Xia Ji no sentía excitación ni arrepentimiento, así que no cabía duda de que esto ocurría sin que nadie supiera cómo ni por qué. Su marido Yushu era la típica persona pusilánime y bondadosa. Parecía que sospechaba algo, pero aunque se diera cuenta no haría nada al respecto. Xia Ji no sentía pena por su marido ni le despreciaba. Sin embargo, desde aquel momento, su trato hacia él se volvió aún más amable.

Un día el duque Ling se estaba divirtiendo con otros dos nobles de alto rango de la corte llamados Kong Ning y Yi Xingfu, y dejó entrever su ropa interior. Vestía la lujosa lencería de una mujer. Los dos se quedaron estupefactos, ya que tanto Kong Ning como Yi Xingfu llevaban una lencería muy similar, que pertenecía sin duda a Xia Ji. ¿Lo sabría el duque Ling? Los dos nobles lo sabían todo el uno del otro. Era posible que el duque Ling estuviera al tanto de todo y ésa fuera la razón por la que les hubiera mostrado a ambos la lencería de Xia Ji. ¿Deberían responder a la broma del duque con adulación? Ambos, asustados, observaron de qué humor estaba el duque. Lo que descubrieron fue una mera sonrisa, obscena y boba, sin ninguna intención oculta. Los dos se tranquilizaron. Un par de días después ambos nobles se envalentonaron y le mostraron al duque sus respectivas prendas de lencería.

Un estricto oficial llamado Xieye le habló al duque Ling con franqueza:

—Si un noble como usted se comporta de forma indecente, los plebeyos seguirán su ejemplo. Esto además perjudicará su reputación. Le ruego que deje de comportarse de esta manera.

El estado de Chen estaba situado entre los poderosos reinos de Jin y Chu. Si Chen se aliaba con cualquiera de ellos, sufría una invasión por parte del otro. En realidad no era el momento más adecuado para que un noble se dejase llevar por su lujuria hacia las mujeres.

—Reflexionaré sobre ello —dijo el duque Ling pidiendo disculpas. Sin embargo Kong Ning y Yi Xingfu insistieron en que un soldado que no mostraba respeto hacia su señor debía ser eliminado. Ling no se esforzó en detenerles. Al día siguiente el cuerpo sin vida de Xieye apareció apuñalado.

Pronto Yushu, su bondadoso marido, falleció también en extrañas circunstancias.

Entre el duque Ling y los dos nobles apenas existían celos. La atmósfera que parecía formarse alrededor de Xia Ji les encandilaba de tal manera que no dejaba margen para que surgieran los celos.

En una ocasión estos tres hombres embriagados estaban tomando licor en los aposentos de Xia Ji. Su hijo, Zengshu, pasó por delante de ellos. Al observar su figura el duque Ling dijo a Xingfu:

—¡Zengshu se parece mucho a ti!

—¡Qué va! ¡Pero si es clavado a su excelencia! —respondió Xingfu enseguida, riéndose. El joven Zengshu escuchó claramente su conversación. Las dudas sobre la muerte de su padre, la ira contra la vida de su madre y la deshonra por su propio destino comenzaron a arder súbitamente en su interior. Cuando se acabó la fiesta y el duque abandonó la estancia, una flecha cruzó el aire y atravesó su pecho. En la lejana oscuridad de la cuadra se atisbaban los ojos ardientes de Zengshu. Una segunda flecha se encontraba lista en el arco sujeto por su mano temblorosa con desesperada furia. Kong Ning y Yi Xingfu quedaron aterrorizados y huyeron al estado de Chu a toda la prisa sin ningún ánimo de regresar a sus hogares.

La costumbre señalaba que cuando estallaba un motín en un país esa nación sufría la invasión de otros estados poderosos con motivo de una aparente e innecesaria pacificación. Nada más enterarse de que el duque Ling de Chen había sido asesinado, el rey Zhuang de Chu entró rápidamente en la capital de Chen al mando de su ejército. Zengshu fue capturado y condenado a la pena de desmembramiento por la rueda en

Limen. Xia Ji fue la razón de todo el alboroto en el estado de Chen, convirtiéndose desde un principio en blanco de los ojos curiosos de los soldados de Chu. Hubo algunos que se desilusionaron al descubrir, para su sorpresa, a una mujer tranquila y ordinaria. Esperaban que tuviera un aspecto mucho más llamativo, el que podría suponerse de una seductora cortesana. A pesar de todo el alboroto que había creado en este decrepito estado, Xia Ji adoptaba una actitud tan airosa que podría decirse que era inocente como una niña incapaz de asumir la responsabilidad de sus actos. No parecía muy afectada por el destino de su único hijo, que había sido sentenciado a una muerte cruel. Bajaba modestamente su mirada ante el rey y los nobles que se presentaban ante ella. El rey Zhuang se llevó consigo a Xia Ji a su regreso. Tenía planeado casarse con ella. Qu Wu, comúnmente llamado Ziling y también conocido como Wuchen, aconsejó a su señor que abandonara esa idea.

—No me parece bien. Su majestad, usted se adentró con sus tropas en el estado de Chen con el fin de dar un escarmiento a los súbditos sublevados y rectificar su fidelidad. Sin embargo, si vais a llevar al altar a Xia Ji, surgiría el inevitable rumor de que convocó a un ejército para satisfacer su lujuria. En el *Libro de Zhou* se dice que se ha de mostrar la virtud y abstenerse del vicio. Mi señor, le ruego que lo considere.

El rey Zhuang aceptó el consejo de Wuchen, ya que sus ambiciones políticas eran mayores que su lujuria.

Shihan, el primer ministro, intentó casarse con Xia Ji. Wuchen le detuvo de nuevo.

—Xia Ji es una persona funesta. Es una mujer que provocó la muerte prematura de su hermano mayor, mató a su marido, desencadenó el asesinato de su señor, se llevó por delante la vida de su hijo, obligó a dos nobles a huir y destruyó el estado de Chen. No hay sobre la tierra una mujer más funesta que ella. Hay innumerables mujeres bellas en este mundo. No es necesario que la elija a ella.

Shihan abandonó su idea de mala gana, motivado por una extraña

vanidad. Finalmente decidieron que Xianglao, un anciano oficial a cargo de los arqueros de Chu, sería quien tomaría a Xia Ji como consorte. Ella aceptó sumisamente convertirse en su esposa. Nadie podría ser tan obediente con aquello que se le otorgaba como esa mujer. Aun así, natural e inconscientemente, llegaba a corromper y enloquecer a todo aquel que la recibía.

En el décimo año del rey Ding de Zhou, los ejércitos de los estados de Jin y Chu se enfrentaron en la batalla de Bi. El ejército de Chu sufrió una aplastante derrota. Xianglao murió durante esta batalla y el ejército enemigo se llevó consigo su cadáver.

Heiyao, el hijo de Xianglao, era ya un muchacho vigoroso. Mientras se guardaba el luto por su muerte, Xia Ji olvidó el fallecimiento de su marido y Heiyao el de su padre, decidiendo entregarse mutuamente a los placeres carnales.

Por fin Wuchen, el ministro de la adivinación que había servido como consejero del rey Zhuang y de Shihan, se acercó a Xia Ji. Como experto estratega no trató de ganar inmediatamente su favor. Gastó una enorme cantidad de oro y plata y desarrolló un plan en el pueblo natal de Xia Ji, ya que sabía que no sería posible en su actual posición llevarla al altar en el estado de Chu. Más tarde llegó una carta a Chu desde Zheng; Jin iba a enviar el cadáver de Xianglao de regreso a Zheng. Xia Ji fue convocada con la intención de que se desplazara hasta Zheng para recibirlo. El rey Zhuang, que tenía ciertas dudas sobre el verdadero propósito de aquel mensaje, llamó a Wuchen y le pidió su opinión.

—Creo que es fiable —contestó Wuchen—. Entre los prisioneros que capturamos durante la batalla de Bi hay una persona llamada Chioo. Jin quiere recuperarlo. El padre de Chioo es el valido del marqués de Jin, y su familia tiene numerosos contactos en el estado de Zheng. Creo que, dadas las circunstancias, Jin solicitará un intercambio de prisioneros, empleando a Zheng como intermediario. Se ofrecerán además a devolvernos a Guchen, el joven vástago de nuestro duque que aún

permanece cautivo, así como el cadáver de Xianglao.

El rey Zhuang asintió con la cabeza y devolvió a Xia Ji a Chen. Desde un principio Xia Ji estaba al corriente de las intenciones de Wuchen. A la hora de marcharse dijo a sus allegados:

—Si no puedo recuperar el cadáver de mi marido, nunca regresaré.

Ninguno de los que escucharon estas palabras las interpretaron de la siguiente manera: «Como no creo que pueda recuperar el cadáver de mi marido, jamás regresaré».

Durante el viaje, Xia Ji había cubierto su habitual figura provocativa con un vestido de luto completamente negro. Su aspecto se veía en esta ocasión como digno de elogio. Era una viuda que iba a recoger el cadáver de su difunto marido. Se separó con suma facilidad de Heiyao. En cuanto llegó a Zheng, un emisario de Wuchen informó al rey de Zheng de que Wuchen quería contraer matrimonio oficialmente con Xia Ji. El duque Xiang de Zheng lo permitió. No obstante, eso no significaba que Xia Ji hubiera pasado a ser suya.

El rey Zhuang de Chu falleció y comenzó el reinado del rey Gong. El rey Gong decidió atacar a Lu aliándose con Qí, y para comunicar a Qí cuándo tenía planeado desplegar sus tropas, nombró a Wuchen su emisario. Wuchen recogió todas sus pertenencias y se marchó sin dejar nada atrás. Durante el camino Wuchen se encontró con alguien llamado Shen Shuguei que le dijo:

—Es extraño percibir el delicioso color de la lujuria en medio del terror de tres ejércitos.

Tras la llegada de Wuchen a Zheng, envió a su vice-mensajero de regreso a Chu con varios regalos y se marchó con Xia Ji. Ella le acompañó sin ningún tipo de entusiasmo mientras se dirigían a Qí. Pero las tropas de Qí fueron derrotadas en la batalla de An [\[49\]](#), así que cambiaron su rumbo y huyeron a Jin. Gracias al buen oficio de un importante ministro llamado Xi Zhi, Wuchen logró entrar al servicio del estado de Jin como señor feudal de Xing [\[50\]](#).

Shihan de Chu, cuya intención de casarse con Xia Ji fue reprobada por Wuchen, se enfureció hasta hacer rechinar sus dientes al enterarse de que la había tomado como esposa. Shihan trató de impedir el ascenso de Wuchen enviando obsequios cordiales a modo de soborno a Jin, pero todo fue en vano. Desencadenó entonces la matanza de toda la familia de Wuchen, incluidos sus hijos Ziyan y Zidang, así como el asesinato de Heiyao, que se había convertido en el hijo adoptivo de Xia Ji, y se apoderó de su fortuna. Aun así parecía que su ira no había sido aplacada.

Wuchen mandó enseguida una carta desde Jin, execró sus actos y juró venganza. Wuchen solicitó al marqués de Jin que le enviase al estado de Wu para formar una alianza entre Jin y Wu y poder así atacar Chu con una maniobra de tenaza. Chao y Xu, dos estados al sur de Chu, fueron atacados por Wu. Por lo tanto Shihan tuvo que concentrar sus fuerzas defensivas durante siete batallas en un mismo año. Varios años después, asumiendo la responsabilidad de la derrota de la batalla de Yanling, se quitó la vida.

Xia Ji por fin pareció asentarse como esposa de Wuchen. Parecía contenerse y no ir nunca contra la voluntad del cielo. Era difícil creer que aquella era la cautivadora princesa que había causado la caída de dos países, Chen y Chu. Aun así Wuchen seguía intranquilo. Él sabía qué clase de mujer había sido. Parecía que los años no pasaban por ella. A pesar de que tenía casi cincuenta años, su piel estaba lustrosa como la de una virgen. Esa misteriosa juventud se convirtió en un continuo motivo de preocupación para Wuchen. Adiestró a sus criados para que la observaran con discreción. Sus informes siempre confirmaban la fidelidad de Xia Ji. Wuchen no era tan benévolo como para fiarse del resultado de los informes tal y como se los presentaban. Todavía no había alcanzado la tranquilidad necesaria para cesar aquella vigilancia soterrada. Era incapaz de entender por qué había perseguido con tanto fervor a esa mujer. Cuando recordó su relación con Heiyao, el hijo de Xianglao, no podía dejar de sospechar de sus propios hijos, ya adultos.

Este tipo de elucubración fue una de las razones por la que había dejado en Wu a su hijo Huyong durante largo tiempo. Wuchen reflexionó sobre la tristeza y soledad que le rodeaba desde que la «casta» Xia Ji había comenzado a vivir con él y se quedó perplejo de dicho aislamiento. Se sentía orgulloso de haber adelantado a sus rivales mediante hábiles estrategias y su avezada capacidad para poseerla. Pero al final, ¿quién había poseído a quién? Estaba convencido de que ya no deseaba a Xia Ji. Se sentía extraño con las emociones que le acechaban. Su yo de aquel tiempo y el de este momento eran personas completamente distintas. Pero su anhelo por poseer a aquella mujer se había convertido en algo independiente de sí mismo. Se había quedado en él como una especie de hábito que aún seguía desplegando su control. Tuvo que admitir que su propia vida estaba entrando en un rápido declive. Era consciente de la excesiva decadencia de su cuerpo y su mente. Una vez, durante la tenue luz del atardecer, Wuchen vio a Xia Ji sentada de perfil con su torso erguido como si fuera una zorra blanca [51] que había desplegado toda su magia espectral. En ese momento Wuchen comprendió por primera vez el alto precio que había pagado. Se quedó horrorizado. Pero un momento después, sin entender cómo, una inexplicable y absurda sensación surgió en su interior. ¡Qué ridícula danza! Incluso la zorra blanca Xia Ji no parecía más que otra mera marioneta. El sinsentido de su propia existencia se desplegó como si se tratara de un asunto ajeno.

Wuchen comenzó a reírse a carcajadas, incontrolablemente, como si el espíritu del titiritero que le hacía bailar le hubiera poseído por completo.

[48] Rey que gobernó desde el año 627 al 606 a. C.

[49] La batalla entre Jin y Qí en An sucedió en el año 589 a. C.

[50] Un pequeño reino que estaba en la actual Xingtái, provincia de Hebei.

[51] En el folclore japonés, el zorro es un poderoso espíritu caracterizado por su inteligencia, longevidad, habilidades mágicas y capacidad de adoptar forma humana, en especial femenina. Algunos son benevolentes, mientras

que otros se dedican a realizar travesuras o maldades.

Epílogo

Este epílogo comienza con una confesión vergonzosa: no conocía al autor, Atsushi Nakajima, cuando Hermida nos encargó la traducción de este libro. Creía que había leído una cantidad decente de libros para poder estar en este sector, pero ni siquiera había oído su nombre. Es verdad que es un autor quizá menos conocido en comparación con otros escritores de la misma época como Ryūnosuke Akutagawa, Osamu Dazai o Yasunari Kawabata. Las obras de dichos escritores eran, y seguramente siguen siendo, los libros recomendados o más bien obligatorios para leer en vacaciones, si mal no recuerdo mi etapa de estudiante en Japón. Sin embargo, no me crucé con Nakajima. Más tarde me enteré de que varias editoriales emplean «La luna sobre la montaña» en los libros de texto [52] de bachillerato.

Para poner en marcha el trabajo conseguí enseguida dos tomos de sus obras completas publicados por la editorial Chikuma shobō [53]. Mientras tanto investigaba quién era Atsushi Nakajima en internet. Me llevé un susto y cierto dolor de cabeza, ya que, según lo que había averiguado, este señor provenía de una familia intelectual, especializada sobre todo en filología china [54]. Es decir, suponía que el libro iba a estar escrito principalmente en *kanji* [55].

En el idioma japonés se usan normalmente mezclados los tres tipos de letras. Y no se suele ver un escrito en un solo tipo, salvo en casos especiales como escritos infantiles o poesías. Cuanto más oficial y serio

es el tema, mayor número de kanji aparecen, como por ejemplo en los periódicos o en los libros académicos. Así que hay que estar dispuesto al impacto que nos pueden dar los textos repletos de kanji. Debo admitir que yo también soy una de las que creen en la existencia del espíritu de las letras, como el viejo erudito de «La catástrofe de las letras».

La verdad es que Nakajima utiliza palabras cultas y antiguas con diversos kanji que quizá a una persona de hoy en día le costaría seguir leyendo fluidamente, ya que hay numerosas notas que te desvían. No recuerdo que me costara tanto cuando leía a Akutagawa, Dazai o Kawabata. Pero Nakajima sí. Se nota que venía de su entorno familiar tanto por la cantidad de kanji como por su estilo. Supuestamente, cuando terminas la educación obligatoria en Japón, habrás aprendido 2.136 kanji y no tendrás problemas en la vida cotidiana. Aun así, en caso de leer obras como las de Nakajima, necesitas ayuda y paciencia. No obstante, a medida que avanzaba la lectura, me acostumbré a su estilo, más bien me quedé cautivada en su mundo. Esos kanji te dibujan las escenas de forma más clara y estructurada. Me impresionó cómo te arrastran a países y tiempos lejanos y cómo te cuentan estas historias. Por mi parte, fue sinceramente un oportuno descubrimiento haber podido conocer a Nakajima. La traducción de japonés a español siempre me hace reflexionar mucho, puesto que el contexto cultural y la gramática son diferentes. Además se usan letras distintas. Concretamente en esta ocasión le he dado muchas vueltas a cómo podría transmitir la esencia de cada obra a los lectores hispanohablantes, porque Nakajima trata precisamente de la magia que tienen las letras. De todos modos escribo este epílogo para que nuestros lectores puedan conocer mejor a Atsushi Nakajima y la época en la que vivió.

Hay varios aspectos que diferencian a Nakajima de otros escritores de esta época: la experiencia en diversos lugares, tanto en Japón como en el extranjero, como se puede ver en la cronología. En el periodo que le tocó vivir a Nakajima, el imperialismo cobró fuerza y Japón fue colonizando

Corea, China y otras islas del océano Pacífico. Dada la situación política, Nakajima tuvo varias ocasiones de salir de Japón. Si hubiera vivido más tiempo, tal vez habría llegado hasta Europa para desarrollar su carrera como escritor, pero viajó a otros lugares.

Nakajima fue a Corea a causa del traslado de su padre y pasó allí su adolescencia. Vivió en Seúl, llamada Keijyō por aquel entonces, que tenía un aspecto muy distinto al de hoy en día. El autor no tuvo mucho trato con los nativos de esa tierra, ya que vivía en una situación especial, es decir, en la colonización. Los pocos coreanos a los que conocía Nakajima trabajaban como criados, en medios de transporte o eran hijos de las familias de clase alta que estudiaban junto con los japoneses en el colegio japonés. Nakajima publicó una novela llamada *Jyunsano iru fūkei-senkyūhyaku nijyū sannen no hitotsuno sukecchi*- (*El paisaje donde hay un policía. Un bosquejo del año 1923*), basada en sus recuerdos del año 1923, cuando tenía 14 años, en una revista del Círculo de Literatura. En ella nos describe con viveza cómo vivía la gente con la que se cruzaba en Keijyō, los coreanos locales, las jóvenes japonesas de familias ricas, los chinos, los estudiantes japoneses, los alumnos coreanos de familia noble, los rusos, los mendigos y las prostitutas. Sólo por esta descripción se puede ver la diversidad del continente. El protagonista es un policía coreano, y a través de su punto de vista la historia se narra junto con sus sentimientos llenos de dudas sobre lo que estaba pasando en su tierra y con sus paisanos, que dentro de poco se iban a dividir en dos.

Respecto a China, nuestro autor viajó por la región norteña de Manchuria [56], donde trabajaba su tío, y después por Shanghái, Hangzhou y Suzhou. Debido a esa experiencia, Nakajima nos ofrece un aspecto histórico de Dalian, una de las ciudades importantes para la administración de la Compañía del Ferrocarril del Sur de Manchuria. La historia titulada «D shi shichigatsu jyokei (1)» [«La descripción de un paisaje, la ciudad D en julio» (1)] se cuenta desde el punto de vista de tres clases sociales: el señor Y, presidente de la empresa M, que se

supone que es la citada compañía de ferrocarril, un empleado japonés cristiano de la compañía M y dos *culís* [57].

Más tarde el autor viajó a varias islas del océano Pacífico, incluyendo Palaos, donde trabajó como profesor de japonés. La experiencia en estos sitios le permitió vivir en otro ambiente climático y cultural. En la serie *Nanyōtan (Los cuentos del Pacífico sur)*, en la que se incluye el relato «La felicidad», la descripción del aspecto físico de los personajes, las plantas, los animales o el clima es excelente.

Gracias a estas novelas podemos admirar esa época desde un ángulo interesante, ya que Nakajima relata lo que ha vivido él mismo, no sólo fruto de su conocimiento intelectual, sino también de sus propias experiencias personales.

El estudio de la vida del autor me recordó a dos personas. Una es Jirō Horikoshi, el protagonista de la película japonesa de animación *Kaze tachinu (El viento se levanta)* [58] que trata sobre la vida del hombre que diseñó el famoso caza *zero-sen* [59]. En la película los jóvenes intelectuales se muestran al tanto de la cultura europea y manejan el inglés, el alemán, el francés, incluso el griego y el latín, como Nakajima, quien llegó a dedicarse a la traducción. Leían a Nietzsche, Paul Valéry y Stevenson [60]. Disfrutaban de los bailes de salón y de la música de Mozart. Ante una imagen tan inmensa de Occidente, Japón procuraba crecer cuanto antes a toda costa, y parecía que todo el pueblo era consciente de ello.

La otra persona es mi abuelo, Noboru Ōtsu. Tras haber pasado por Nakajima y Horikoshi, no podía evitar pensar en él y sentirlo muy cerca, ya que aparecen descritos hechos que unieron a estos tres hombres que vivieron el mismo tiempo. Lo que más me llamó la atención es el gran terremoto de Kantō. A pesar de que no se encontraba en ese momento en Japón, Nakajima habla sobre el terremoto en sus novelas. Menciona además un suceso terrible contra los coreanos que vivían en Japón, que surgió justo después del terremoto. En *Kaze tachinu* el terremoto se

muestra claramente, con una imagen y un sonido muy impactantes. Mi abuelo tenía 2 años cuando sucedió el terremoto. Su madre huyó a un bosque de bambú, llevando al pequeño en los brazos. Mi abuelo me dijo que las raíces del bambú están arraigadas en la tierra tan profundamente que te protegen. Desde entonces siempre que pasaba por un bosque de bambú me fijaba en él, pensando convencida: «Si hay terremoto, ahora me meteré allí». Cuando sucedió la catástrofe de 2011 en Japón vivía ya en España y no tuve ocasión de seguir su consejo. Aun así, cuando vuelvo a Japón y paso por un bosque de bambú, sigo pensando de la misma manera.

Un año visité a mi abuelo con Daniel Villa, el cotraductor de esta obra, en el hospital donde fue ingresado durante sus últimos meses de vida tras varios ataques cerebrales. Mi abuelo siempre fue una persona callada e iba siempre pulcro, aunque de vez en cuando nos sorprendía con su inesperado temperamento. No pertenecía al rango intelectual como las otras dos personas que he mencionado, ya que fue maestro de carpintería, pero fue uno de los que establecieron sus propios negocios con empeño durante la posguerra. Mi abuelo llegó a montar una pequeña empresa de construcción. El día de la visita al hospital se hallaba con su pijama desatado en su cama, lo que me dio pena. Sin embargo, en cuanto le presenté a Dani, se puso recto, se arregló el pijama y dijo con los ojos bien abiertos dirigiendo una mirada aguda: «Bienvenido. Gracias por venir». Me sonaba a un agradecimiento por venir desde tan lejos, pero no sólo al hospital, sino a nuestra tierra, como si se tratara de un representante de todo Occidente. En ese momento sentí el espíritu de la gente de esa época, el espíritu que también concebían Nakajima y Horikoshi. Era el innegable orgullo pulido en sí mismo que te hace despertar algo dentro. Y me pregunto si ahora aún lo tengo o lo tenemos.

Traslado aquí información turística para los interesados en este autor. Si uno quiere ver los bocetos o los borradores de Nakajima con sus propios ojos, puede encontrarlos en el Museo Kanagawa de Literatura

Contemporánea [61], situado en Yokohama, donde el mismo autor trabajó durante ocho años como maestro de japonés e inglés. Además, en el mismo distrito hay dos sitios donde vivió Nakajima. Es un plan interesante pasear por esta zona, ya que se puede encontrar un ambiente multicultural, junto con los alrededores del puerto de Yokohama y el Barrio Chino [62]. Casualmente nací en un distrito cercano y pasé la primera etapa de mi infancia allí. Mi primera experiencia de comer un bistec, dulces occidentales auténticos con mantequilla y pasas, y más tarde un buen café con nata fue en un restaurante [63] que sigue allí. La memoria del paladar nunca te miente. Recuerdo el ambiente exótico que me cubría siempre que me llevaban a esta zona, hasta una canción infantil: «Akai kutsu» («Zapatos rojos»). La canción relata una historia de una niña con zapatos rojos que fue llevada al extranjero. Se compuso en 1922, así que tal vez Nakajima la escuchó durante su estancia en Yokohama.

Volvamos a la vida de Nakajima. Su periodo más intenso como escritor fueron sus últimos dos años, antes y después del traslado a Palaos. Se dice que incluso sobre la cama del hospital donde fue ingresado siguió escribiendo. Finalizó su vida a los 33 años debido al asma y otros síntomas derivados del mal que le acompañó toda su vida. Ahora descansa en el cementerio de Tama, Fuchū, en Tokio [64]. Iré con este libro a saludar al señor Nakajima en mi próximo viaje.

Para terminar, me gustaría dar las gracias al autor Atsushi Nakajima por haberme mostrado otro mundo de una gran dimensión. A Alejandro Roque Hermida, director de Hermida Editores, por haberme conectado con un gran escritor. A Daniel Villa Gracia, el cotraductor, por su paciencia y su conocimiento de la cultura japonesa. A Akio Funatsu, doctor por la Universidad de Nagoya y profesor de la Universidad de Dōhō, por sus consejos académicos. A Noboru Ōtsu por haberme transmitido el espíritu digno. Y por último a usted, que está leyendo hasta este humilde epílogo, por su generosidad. Deseo que este libro sea una entrada al mundo de Nakajima y al más allá. どうもありがとうございます。

Dōmo arigatō gozaimasu. Muchas gracias.

Makiko Sese

[52] En estos últimos años la novela se utiliza en los libros de texto de Sanseidō, una de las editoriales representativas.

[53] Nakajima, Atsushi: «Nakajima Atsushi zenshū 1», Tokio, Chikuma shobō, 2001; «Nakajima Atsushi zenshū 2», Tokio Chikuma shobō, 2001. Existe publicado un tercer tomo.

[54] La novela *Tonan sensei (El maestro Tonan)*, finalizada en 1933, trata de uno de sus tíos, Tanzō Nakajima, que escribió un tesis en 1912 titulada «Shina bunkatsu no unmei» («El destino de la división de China»).

[55] Un tipo de elemento gráfico japonés traído desde China en el siglo v. Es la base de otros dos tipos, *hiragana* y *katakana*. El *kanji* tiene una característica que la diferencia de los otros dos. Es un ideograma que ofrece uno o varios conceptos: 日(sol), 月(luna), 火(fuego), 水(agua) 木(árbol). Los otros dos son fonogramas, como en un alfabeto: a-e-i-o-u se escribe あいうえお en *hiragana* y アイウエオ en *katakana*. Las letras en sí no tienen significado. Por lo tanto un *kanji* puede dar más impacto visual.

[56] Minami Manshū Tetsudō Kabushiki-gaisha fue una compañía fundada en el Imperio Japonés en 1906, tras la guerra ruso-japonesa.

[57] *Kūlī* proviene del idioma indio. Al principio era un término despectivo para los trabajadores de bajo rango de India y China. Así llamaban de forma menospreciativa a los obreros de clase baja en la zona del sudeste asiático.

[58] Se estrenó el 20 de julio de 2013 y fue dirigida por Hayao Miyazaki. La historia está inspirada en la vida real de Horikoshi y en la novela de Tatsuo Hori *Kaze tachinu (El viento se levanta)*.

[59] Abreviatura del Mitsubishi A6M. El Zero fue un caza-bombardero de largo alcance empleado por el Servicio Aéreo de la Armada Imperial Japonesa desde 1940 hasta 1945.

[60] Stevenson fue el protagonista de una reconocida obra de Nakajima. Dicen que la escribió con cierta simpatía, ya que Nakajima, como el autor de *La isla del tesoro*, vivió en una isla relativamente desconocida durante la época de la colonización. La decisión del traslado, además, se debió a sus

expectativas de mejora de la enfermedad que sufría desde que era joven.

[61] Kanagawakenritsu Kanagawa kingendai bungakukan, Yamatechō 110, Naka-ku, Yokohama. Código postal: 213-0862.

[62] En dos obras publicadas en *Kakochō* (*La agenda del pasado*), «Kamereon nikki» («El diario de un camaleón») y «Rōshitsuki» («El documento de un lobo enfermo»), se puede disfrutar un paseo con el autor siguiendo sus textos. Se supone que son las historias autobiográficas donde se encuentran fragmentos de las obras que están en ese libro. El protagonista es un maestro de bachillerato en un centro femenino de Yokohama.

[63] Bashamichi jyūbannkan. Tokiwachō 5-67, Naka-ku, Yokohama. Código postal: 213-0014.

[64] Tamarēen. Tamamachi 4-628, Fuchū. Código postal: 183-0002.

Cronología del autor

Vida de Atsushi Nakajima / Historia de Japón

1894-1895

-- / Primera guerra sino-japonesa.

1904-1905

-- / Guerra ruso-japonesa.

1909

El 5 de mayo nace como primogénito de Tabito y Chiyo en Shinjyuku, Tokio [\[1\]](#) / Crisis política del gobierno Taishō.

1910

A causa del divorcio de sus padres, es criado por su madre durante un tiempo. Su padre es trasladado a Nara. / Colonización de Corea.

1911

Fallece su abuelo Buzan. Atsushi es acogido por su abuela y sus tías en Saitama, en el pueblo natal de su padre. / --

1914

Tiene una nueva madrastra, Katsu Konya. / --

1915

Con 6 años, y antes de entrar en primaria, es acogido por su padre en Nara. / --

1916

Comienza la educación primaria en Nara y recibe la matrícula de honor a final de curso. / --

1918

A los 9 años, debido al traslado de su padre, continúa la educación primaria en Shizuoka. / --

1920

Un nuevo traslado de su padre le lleva a estudiar en Seúl. / Corea es colonia japonesa.

1922

A los 13 años finaliza la primaria y comienza la secundaria. / --

1923

Nace Sumiko, su hermana menor, y fallece Katsu, su madrastra. / Gran terremoto de Kantō.

1924

Con 15 años tiene una nueva madrastra llamada Kō Ōo. / --

1925

Realiza un viaje escolar a Manchuria. Su padre se traslada allí y continúa la secundaria en Dalian. Atsushi se muda a casa de su tía Shizu, que trabaja en la Escuela Femenina de Seúl. / Ley de Preservación de la Paz y de Elecciones Generales.

1926

Nacen sus hermanos trillizos, Takashi, Satoshi y Mutsuko. Termina la secundaria y entra en el instituto. Empieza a vivir en un colegio mayor.

Sus hermanos Takashi y Satoshi fallecen en agosto y octubre respectivamente. Atsushi tiene 17 años. / --

1927

moda, en Shizuoka, Japón. Durante las vacaciones de verano contrae la pleuritis y es ingresado en el hospital de Dalian, lo que provoca la interrupción de sus estudios durante un año. Después es trasladado al

hospital de Beppu, en Kyūshū, y más tarde se muda a Chiba para continuar el tratamiento. / --

1928

Abandona el colegio mayor y se instala provisionalmente en la casa de un abogado en Shibuya, Tokio, gracias a la influencia de su tío. A partir de esta época comienza a tener ataques de asma. / --

1929

A los 20 años se hace miembro del Círculo de Literatura y participa en la edición de la revista. Publica cinco tomos durante su mandato. Funda una revista con sus compañeros y publica dos ensayos cortos, incluyendo «El paisaje donde hay un policía (Un bosquejo del año 1923)». / --

1930

Su hermana menor, Mutsuko, fallece por una enfermedad en Dalian. Finaliza el instituto y entra en el Departamento de Estudio de Literatura Japonesa en la Facultad de Letras de la Universidad Imperial de Tokio (Universidad de Tokio en la actualidad). Su tío Tan, protagonista de una de sus novelas (*El maestro Tonan*), fallece. Publica un nuevo ensayo, «La descripción de un paisaje, la ciudad D en julio (1)». / Crisis económica del gobierno Shōwa.

1931

Su padre se convierte en heredero de la casa Nakajima. Conoce a Taka Hashimoto, su futura esposa [\[2\]](#). Su padre regresa de Dalian y todos comienzan a vivir juntos en Komazawa, Tokio. / --

1932

A los 23 años contrae matrimonio con Taka. Sin embargo, se casarán oficialmente al año siguiente, siguiendo el consejo de su padre. Hace un viaje a Manchuria, por el norte de China, con la ayuda de un tío suyo que vive en Port Arthur (Luyshun). Entrega su tesis «Estudio sobre el esteticismo». / Fundación de Manchukuo.

Incidente del 15 de mayo (el primer ministro Tsuyoshi Inukai es

asesinado).

1933

Dona el libro de su abuelo Buzan y el de su tío Tonan a la biblioteca de su universidad. Termina su carrera y comienza el posgrado. Su tema de estudio fue Ōgai Mori. Trabaja como profesor de un instituto femenino en Yokohama y se muda solo allí. El 28 de abril, coincidiendo con su primera paga, nace su primogénito Takeshi en la provincia natal de su esposa. Más tarde su esposa y su hijo se mudan a Tokio. Traduce junto con sus compañeros *Hijos y amantes* de D. H. Lawrence. Finaliza una novela sobre su tío Tonan y comienza otra sobre la situación de China en los años treinta. / Notificación de la secesión de Japón de la Sociedad de Naciones.

1934

Abandona su posgrado. Sufre un fuerte ataque de asma. Participa en el concurso de la revista Chūōkōron y recibe la mención honorífica a los 25 años. / --

1935

Alquila una casa en Yokohama y comienza a vivir por primera vez con su esposa y su hijo. / --

1936

Viaja a China, donde escribe un borrador de sus poesías y dos ensayos. Pone en marcha dos de sus cuentos cortos: «El diario de un camaleón» y «El documento de un lobo enfermo». / Incidente del 26 de febrero.

1937

Nace su hija Masako, que sin embargo muere al día siguiente debido al parto prematuro. / Incidente del puente de Marco Polo. Segunda guerra sino-japonesa.

1938

Termina la traducción de *Pascal* de Aldous Huxley. / --

1939

A sus 30 años sufre los peores ataques de asma. Traduce *El gusano de Spinoza* de Aldous Huxley. Trabaja en el borrador de una novela. / --

1940

Nace su segundo hijo, Noboru. Surge la posibilidad de publicar «El diario de un camaleón» y «El documento de un lobo enfermo», junto a sus traducciones de Huxley en la revista *Kēsē*, pero no la lleva a cabo. / --

1941

Con 32 años comienza a reflexionar seriamente para cambiar de aires y dedicarse a la literatura. Deja su trabajo en el Instituto Femenino de Yokohama y consigue un puesto en los preparativos y la investigación del proyecto de un libro de texto de japonés para las colonias en la Agencia del Pacífico Sur.³ Viaja en dos ocasiones por las islas cercanas. Salvo durante el tiempo que está de viaje, sufre repetidos ataques de asma y entrega una petición de regreso por su enfermedad. Finaliza diversos cuentos, incluyendo «Posesión», «La momia», «La luna sobre la montaña» y «La catástrofe de las letras» e inicia otro relato sobre la Antigua China. / --

1942

Viaja por todo Palaos con el pintor Hisakatsu Hijikata y luego por otras dos islas. Consigue el permiso de regreso temporal a Tokio y vuelve a la casa de su padre, donde le esperan su esposa e hijos, pero su enfermedad empeora debido al cambio de ambiente. Publica «La luna sobre la montaña» y «La catástrofe de las letras» en la revista *Bungakukai*.

Termina su novela sobre la Antigua China y publica la primera compilación de sus al pueblo natal de su esposa. Más tarde Atsushi regresa solo. Durante la ausencia de su esposa e hijos quema numerosos borradores y cuadernos. Escribe otros relatos sobre el Pacífico sur, como «La felicidad», y los envía al departamento de redacción de la revista *Bungakukai*. A pesar de que su enfermedad se agrava, continúa escribiendo historias ambientadas en la antigua China, como «El maestro». Publica la segunda compilación de sus relatos. Durante el

invierno es ingresado, pero continúa trabajando. El día 4 de diciembre, a las 6 de la mañana, fallece a los 33 años. / Derrota de la Armada japonesa en la batalla de Midway.

1945

-- / Batalla de Okinawa. Bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki. Conferencia de Potsdam y rendición incondicional de Japón. Ocupación por el GHQ.

1946

-- / Se promulga la Constitución de Japón.

1 La familia Nakajima se dedicó durante varias generaciones al onorimono-shi ('maestro de transporte'), que se encargaba de diversas tareas como la de artesano de palanquín, artesano de mikoshi (santuario sintoísta portátil), portador de palanquín o artesano de arreos. Sin embargo, su abuelo Kētarō se hizo discípulo del maestro Kangaku, estudió la cultura china y se convirtió en un erudito del confucianismo, haciéndose llamar Buzan. Su padre, Tabito, tuvo a Atsushi cuando tenía 34 años. Recibió de su familia la educación de Kangaku y se hizo maestro de chino antiguo. Se casó con Chiyo Okazaki, que también era profesora de primaria.

2 Nacida el 11 de noviembre de 1909 en Aichi, Japón.

3 Nanyōchō (Agencia del Pacífico Sur) era un organismo regional domiciliado en Koror, Palaos, instaurado por el Mandato de las Islas del Mar del Sur y compuesto por un grupo de islas situadas en la Micronesia, administradas por el Imperio japonés de acuerdo al Mandato de la Liga de Naciones establecido por el Tratado de Versalles. Se establecieron varias sucursales. Se fundó en 1922 y se disolvió una vez terminada la guerra del Pacífico en 1945.

